



«ESTA ES LA VICTORIA QUE VENCE
AL MUNDO: NUESTRA FE»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2008

«ESTA ES LA VICTORIA QUE VENCE
AL MUNDO: NUESTRA FE»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2008

© 2008 Fraternidad de Comunión y Liberación
Traducción del italiano: Belén de la Vega

En portada: *Pedro salvado de las aguas* (detalle), mosaico. Duomo de Monreal.

Vaticano, 22 de abril de 2008

Reverendo

Don Julián Carrón

Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Con ocasión de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”, el Sumo Pontífice envía su más cordial saludo a los participantes y, mientras desea que oportuno encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo, única esperanza, y fervoroso testimonio evangélico, invoca amplia efusión de favores celestes, y le imparte a Usted, a los responsables de la Fraternidad y a todos los reunidos una especial bendición apostólica

Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad

Viernes 25 de abril, noche

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert: Sinfonía n. 8 en si menor, D 759 "Incompleta"

Carlos Kleiber - Wiener Philharmoniker

"Spirto Gentil" n. 2, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón. Cada uno de nosotros ha acudido aquí con una espera. Lo que esperamos y necesitamos de verdad no podemos darnoslo, sólo podemos recibirlo. Por eso lo más razonable es pedirlo, es mendigarlo al único que puede dárnoslo: el Espíritu Santo.

Desciende Santo Espíritu

Empezamos nuestros Ejercicios, junto a todos los que están conectados con Rimini vía satélite, viendo el vídeo del encuentro en São Paulo, la obra más potente que el Misterio ha realizado este año en medio de nosotros.

Fue el pasado 24 de febrero, en la plaza de la catedral de São Paulo en Brasil, ante cincuenta mil personas y el cardenal, Su Eminencia Odilo Scherer. Los amigos del movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (*Associação dos Trabalhadores Sem Terra*), manifestaron delante de todos el deseo de pertenecer a nuestra historia con estas palabras: "Al conocer Comunión y Liberación hemos encontrando todo lo que necesitábamos".

Proyección del vídeo

[Transcripción]

Marcos Zerbini. *A veces alguien nos dice: «Gracias por todo lo que estáis haciendo por nosotros», «Gracias por ofrecernos la oportunidad de estudiar en la universidad y tener una casa». Pero vosotros no sabéis que quienes tenemos que daros las gracias somos nosotros, porque si os hemos ayudado a tener acceso a la universidad y a tener una casa, vosotros nos habéis ayudado a encontrar algo más grande todavía, porque sois el camino de nuestro encuentro con Jesucristo. ¡Gracias desde lo más hondo de mi corazón!*

Cleuza Ramos. *¡Gente! ¡Qué alegría estar aquí hoy! Creía que iba a ser distinto, que iba a ser un día soleado. Pero Dios lo ha querido así: que lloviese, para colmar nuestra alegría en este día tan importante. Creo que la lluvia de hoy representa los veinte años de sufrimiento que hemos atravesado para construir la Asociación. Y ya está. La lluvia que cae hoy son las lágrimas que he derramado para crear esta Asociación que ahora es para mí motivo de orgullo... para que tuviéramos casas, y después, estudios en la universidad. ¡Qué momento! Estamos aquí desde el mediodía bajo la lluvia, pero con el corazón lleno de alegría.*

Carrón, nosotros... Hace unos años, vosotros teníais un movimiento, Nueva Tierra. Cuando conocisteis a don Giussani, le confiasteis vuestro movimiento porque ya no teníais más que buscar; todo lo que buscabais ya lo habíais encontrado. Y hoy estamos aquí para repetir ese gesto. Con el mismo coraje con que entregaste tu movimiento, yo pongo en tus manos el mío, porque no tengo nada más que buscar, todo lo que buscaba lo he encontrado ya. Tengo aquí el libro de la Asociación, que acabamos de publicar y que relata los veinte años de la historia de nuestro Movimiento. Queremos entregarte simbólicamente este libro sobre los veinte años de la Asociación. Las gotas de lluvia caídas hoy son las lágrimas con que hemos escrito cada página de este libro; por eso llueve hoy.

Carrón, queremos seguirte una vez más. La historia se repite una vez más: has generado este pueblo porque has sido generado. La Asociación lleva trabajando toda una vida: es nuestra historia. Pero yo quiero seguirte a ti, seguir tus pasos, tus pensamientos, tus palabras; quiero seguirte. Porque más que una casa, más que la universidad, esta gente necesita alegría y esperanza. Y tú eres nuestra esperanza. Quiero seguirte, Carrón.

Quiero dar gracias por este día, un día histórico para la Asociación. Quiero entregarte nuestra historia pasada y vivir junto a ti, Carrón, la futura. Que Dios ilumine tu vida y tus pasos, para que recorramos juntos este camino que Dios nos ha mostrado.

Carrón, estoy muy emocionada. Queríamos que la fiesta se celebrara en la plaza: habíamos colgado las fotos, las pancartas, había un globo con una inscripción listo para despegar... Sin embargo, Dios lo ha dispuesto de otra forma. Pero esta celebración, nuestra alegría... Quiero decirte que soy muy feliz, que tengo el corazón lleno de alegría, que estoy llorando no de tristeza, sino de alegría. Quería que este encuentro contigo se celebrase en la plaza con

todas las personas que están ahí fuera, porque quería que los cincuenta mil fueran testigos de este momento. Pero Dios no lo ha querido, y tendremos muchas otras ocasiones para estar juntos. ¡Te doy gracias por estar aquí! Te doy gracias por todo: por tu afecto, por las personas del Movimiento que me han acogido con los brazos abiertos, por los amigos que hemos conocido: don Filippo, don Douglas, don Vando y todos los que han aparecido en este camino. Es difícil recordar todos los nombres, se me puede olvidar alguno. ¡Dios os bendiga a todos!

Hoy no son ya dos caminos distintos: sólo hay un camino. Hoy, Nueva Tierra y Sin Tierra se unen al Movimiento de Comunión y Liberación. ¡Gracias, Carrón!



Carrón. Antes de empezar a hablar, he querido que comenzáramos los Ejercicios mirando juntos este acontecimiento que nos indica a todos un método que consiste en dar la precedencia a lo que Cristo hace entre nosotros. Su obra está siempre «antes» de todo, como hemos subrayado este verano.¹

No deseamos nada más que seguir lo que Él hace en medio de nosotros. Por tanto, lo que ha ocurrido en Brasil es el primer don que el Señor nos hace en estos Ejercicios que llevan por título: «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe».²

Lo que hemos visto y oído es un don que nos ayuda a responder a la mayor urgencia que tenemos: la fe. La fe en Jesucristo, vivo y presente, aquí y ahora.

Pero, al hablar de la fe, es casi imposible no sentir que esta pregunta de Cristo nos concierne: «Cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?».³ Tal vez alguien perciba esta pregunta algo exagerada al principio de un encuentro como el nuestro –cada cual verá–, pero a mí no me parece ninguna exageración, vista la dificultad que a menudo tenemos para reconocer el Misterio como una presencia real delante de nosotros. Lo hemos comprobado haciendo la Escuela de comunidad sobre la fe:⁴ no es raro percibir el Misterio como algo abstracto. He oído de todo: autoconvencimiento, deducción, proyección... No es cierto que esta pregunta no nos concierna, ¡nos concierna y cómo! En cuanto la vida nos provoca y necesitamos hacer un cierto recorrido de la razón, la existencia del Misterio se reduce a un razonamiento, a una deducción, a todo menos un reconocimiento.

Me escribe una persona: «¿Por qué, aunque necesite una certeza, no llego a fiarme del todo? ¿Por qué la realidad me parece un engaño? Me conmovió saber que don Giussani antes de morir había dicho: “Jamás la realidad me ha traicionado”. ¡Cómo me gustaría decir lo mismo! Por ello, he permanecido aquí todos estos años, y sin embargo me parece lo contrario. Esta frase es un juicio terrible para alguien como yo. Soy inmoral porque no me fío. Y no me fío porque la realidad me parece muy contradictoria y Jesús se me presenta no tanto como ocasión de escándalo u obstáculo a lo que quisiera, sino más bien (y tengo miedo de confesármelo), una ilusión».

Podemos permanecer años en el movimiento y seguir sintiendo el Misterio como algo abstracto y Jesús como una ilusión. Muchas veces la gente me confiesa: «Pero para mí es abstracto». Lo vemos a menudo en cómo hablamos de lo real, en cómo describimos la realidad, lo que sucede: a la hora de describir lo que nos pasa el Misterio no está. Como mucho, coincide con un sentimiento o un esfuerzo ético, pero no es un dato de la realidad. Es como si, en último término, fuésemos nosotros los creadores de lo que afirmamos creer, en lugar de ser testigos. Damos la vuelta a lo que dice el Papa: «Los apóstoles fueron testigos y ciertamente no creadores».⁵ En esto somos claramente modernos, porque en la historia hubo muchos que no creyeron, muchos que no siguieron el cristianismo, pero a nadie –hasta que llegó la modernidad– se le había pasado por la cabeza que Dios, en última instancia, era una creación del hombre, una invención suya. Nos enfrentamos, por tanto, a un desafío cultural que nos concierne a todos. Escribe el Papa en el documento tras el Sínodo de la Eucaristía: «Hoy se necesita redescubrir que Jesucristo no es una simple convicción privada o una doctrina abstracta, sino una persona real cuya entrada en la historia es capaz de renovar la vida de todos».⁶

«No se puede construir [hemos leído en la Escuela de comunidad] si no es sobre roca, sobre lo que es cierto. Sin certeza no se construye nada».⁷

He aquí la importancia del recorrido que estamos haciendo en estos últimos años: partiendo del corazón –en sentido bíblico–, hemos subrayado que el corazón del hombre no es un sentimiento, sino su razón, que hay que ensanchar constantemente, y que la razón alcanza su culmen en la religiosidad. Por ello el año pasado en los Ejercicios de la Fraternidad hablamos precisamente de la religiosidad como culmen de la razón. Este año queremos completar el recorrido, hablando de la fe, que florece como una flor –decía don Giussani– en el culmen extremo de la razón.⁸

No deja de asombrarme que don Giussani, una de las últimas veces en que dio los Ejercicios a toda la Fraternidad, dijera ya algo que resulta hoy plenamente actual: «Es imposible vivir dentro de un contexto general sin ser influenciados; también nosotros [nosotros, no sólo los demás] participamos de esa mentalidad que concibe a Dios como abstracto, que lo olvida e, incluso, lo niega. Así, en la práctica, existencialmente, llegamos a negar que “Dios es todo en todos”. En nuestro espíritu inquieto y confuso, anida la mentira de la mentalidad de hoy, de la que también participamos nosotros», porque «debemos atravesar todos los malestares, las tentaciones, los resultados amargos, manteniendo viva la esperanza que es vida de la vida». E insistía: «Debemos tomar conciencia de una mentalidad que, exaltando en apariencia un renacimiento religioso, en realidad quiere precisamente censurar que “Dios es todo en todo”, reduciéndolo a algo abstracto, olvidándolo o, más aún, negándolo. Hay que tomar conciencia de la realidad en la que vivimos, del momento “cultural”, en el sentido fuerte del término, por el que pasa nuestro camino».⁹

¿Cuál es la cuestión entonces? ¿De qué se trata? ¿Por qué sucede esto? Estad atentos, porque aquí se produce el primer desplazamiento respecto al punto de partida. Lo último que se nos ocurriría pensar es lo que dice Giussani: que se trata más de un problema de conocimiento que de un hacer u obrar. Que el Misterio nos resulte abstracto y Jesús una ilusión es un problema de conocimiento, no es un problema sentimental, no es, en primer lugar, un problema ético.

¿En qué consiste este problema de conocimiento? Lo describe así: «La negación del hecho de que “Dios es todo en todo” se deriva de una irreligiosidad ajena a la formación de los pueblos europeos [¡atención!], una irreligiosidad que empieza, sin que nadie se dé cuenta de ello, con una separación que se produce entre Dios como origen y sentido de la vida y Dios como hecho de pensamiento, concebido según las exigencias del pensamiento del hombre».¹⁰ Lo que pensamos sobre Dios no tiene nada que ver con lo que Él es tal y como se deriva de la experiencia. Y esto sucede sin que nadie se dé cuenta. Si en este momento tomásemos conciencia, nos daríamos cuenta de que no hay nada más concreto que el hecho de que hay Otro que me está haciendo ahora e, inmediatamente, dejaríamos de pensar que Dios es abstracto. Pero nosotros podemos seguir repitiendo que es abstracto, aunque en la experiencia Él siga actuando con un poder del que ni siquiera nosotros nos damos cuenta.

¿Por qué sucede esto? «El problema estriba en la lucha que se entabla a la hora de entender la *relación entre razón y experiencia*».¹¹ La

realidad –nuestra realidad y todo lo que vemos– es un dato, y la razón –si es leal consigo misma, si no es completamente irreligiosa, si no es desleal con lo que ve, si no renuncia a su naturaleza, a esta urgencia de darse razones de lo que tiene delante– no puede culminar su recorrido sin reconocer al Misterio que está obrando. Somos irracionales porque no sometemos nuestra razón, nuestro modo de pensar en Dios, en el Misterio, a nuestra experiencia.¹² Esta es nuestra irreligiosidad: no ampliar la razón hasta el punto de reconocer lo real –el dato– allí donde nace, en el Misterio.

Bastaría un instante para darse cuenta. Escuchad este hermoso diálogo entre don Camilo y Pepón: «Pepón se mosqueó y se puso en jarras delante de don Camilo: “Se puede saber qué quiere de nosotros? ¿Acaso vamos nosotros a fastidiarle a usted?”. [Responde don Camilo]: “¿Y qué más da? Aunque vosotros no vengáis a la iglesia, Dios existe igual y os espera”. El Flaco interviene: “¿Ha olvidado quizá el reverendo que estamos excomulgados?”. “Eso es una cuestión secundaria –respondió don Camilo–. Aunque estéis excomulgados, Dios sigue existiendo y sigue esperándoos. Pido disculpas, yo no estoy inscrito en vuestro partido, no frecuento la Casa del Pueblo y se me considera un enemigo de vuestro partido. ¿Acaso por ello podría asegurar que Stalin no existe?”. “Stalin existe ¡y cómo! Y os espera, ¡tendréis que hacer cuentas con él!”», gritó Pepón. Don Camilo sonrió: “No lo pongo en duda ni jamás lo he dudado. Y si yo admito que Stalin existe y me está esperando, ¿por qué tú no quieres admitir que Dios existe y te espera? ¿No es lo mismo?”. Pepón quedó muy impresionado por este razonamiento elemental. Pero el Flaco intervino: “La única diferencia es que, mientras a su Dios nadie lo ha visto jamás, a Stalin se le puede ver y tocar. Y aunque yo no le hubiese visto y tocado se puede ver y tocar lo que Stalin ha creado: ¡el Comunismo!”. Don Camilo abrió los brazos: “¿Y el mundo en el que vivimos tú, Stalin y yo no es acaso algo que se ve y se toca?”».¹³

Bastaría esta simple constatación para facilitar que cada uno de nosotros Le reconozca tan presente como para ser el origen de todo. Pero si acaso no bastaran «los cielos que nos ha dado para mirar»¹⁴ –lo hemos cantado antes–, si no fuesen todavía suficientes, el Señor obra delante de nuestros ojos lo que hemos visto en São Paolo, que es como una llamada: «¡Despertaos! ¿Acaso algo abstracto puede dar lugar a lo que habéis visto?». Hasta tal punto el Señor tiene piedad de nosotros, siente ternura por cada uno, que sale al encuentro de nuestras dificultades, se inclina ante nuestra necesidad y obra ante

nuestros ojos para que sea más fácil reconocerlo. Y uno se queda sin palabras ante lo que Él hace: «Y Su presencia me llena de silencio».

No guardamos silencio porque tengamos que callarnos, por un problema de orden: el silencio nace del Acontecimiento: uno se queda sin palabras frente a lo que ocurre ante nuestros ojos. Ayudémonos, por tanto, a vivir este silencio que Su presencia en medio de nosotros genera en estos días. Ofrezcamos el sacrificio inevitable que un gesto multitudinario como este implica, para que el Señor manifieste su piedad para con nosotros.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON PINO

«Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (*IP* 5, 5). Lo que hemos visto y oído hasta hora nos permite entender la alternativa en que se encuentra nuestra libertad: permanecer en esta soberbia que es irracional e irreligiosa, o bien mantenernos «firmes en la fe» (San Pablo usa cuatro veces esta expresión en su carta).

La firmeza no es fruto en primer lugar de nuestras fuerzas o coherencia; la firmeza es fruto de una conciencia, nace cuando nuestra razón se abre al testimonio que la alcanza, del mismo modo hoy que hace dos mil años. Al nombre de Pedro, Silvano y Marcos —el primero que puso por escrito lo que escuchó de Pedro, que a su vez lo había visto—, se añaden hoy miles de nombres: los primeros que salieron hacia Brasil en 1962, los que son protagonistas y testigos del milagro de Brasil, como Cleuza, cada uno de nosotros que sigue a don Giussani y Julián.

Así se cierra el Evangelio de Marcos: «Estos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la palabra con los prodigios que la acompañaban» (*Mc* 16, 20). La aventura cristiana comienza así en el mundo. Y permanece ahora, en estos días, aquí en Rimini y en el mundo, de la misma manera. Estamos aquí como mendigos para renovar la conciencia de cómo el Señor está obrando en la vida de cada uno y de nuestro pueblo.

Sábado 26 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert: Sonata para arpeggione y piano, D 821

Mstislav Rostropovich, violonchelo

Benjamin Britten, piano

“Spirto Gentil” n. 18, Decca (Universal)

Don Pino: Al escuchar la música de este concierto para arpeggione de Schubert, no puede dejar de surgir en nuestro ánimo la conciencia de que cada uno de nosotros, sea cual sea el momento del camino en el que se encuentra, está hecho para la felicidad; no estamos hechos para perdernos o para la nada. Pero, ¿quién vuelve a despertar esta certeza, quién despierta esta pregunta en el camino de cada día? Si cada uno de nosotros estuviese solo, si cada uno de nosotros dependiese de sus pensamientos o de la fragilidad de su propia libertad, el ímpetu por el destino estaría destinado a estancarse. Por eso el comienzo de la jornada coincide con la posibilidad de darse cuenta de que Otro nos acompaña hacia el destino, de que el Destino mismo es compañero de nuestra vida.

Adquiramos de nuevo conciencia de la grandeza de nuestro destino mirando a esta joven mujer totalmente abierta a la iniciativa del Misterio.

Angelus

Laudes

Julián Carrón. Comencemos leyendo el telegrama que nos ha enviado el Santo Padre: «Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”, sumo Pontífice dirige a los participantes pensamiento afectuoso y, mientras desea que el importante encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo, única esperanza, y fervoroso testimonio evangélico, invoca copiosa efusión dones celestes y envía a Usted, a los responsables Fraternidad y a todos los reunidos especial bendición apostólica. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

■ PRIMERA MEDITACIÓN

La fe, método de conocimiento

1. La fe, método de conocimiento

Don Giussani decía hace algunos años: «Para la mayoría de la gente (incluida la que va a la Iglesia) la relación con Dios, con lo divino, es decir, con lo que debería percibirse como el origen y destino de todo, es así: se trata de palabras»¹⁵. Nosotros no somos muy distintos, como vimos ayer, y no son pocos aquellos para los que el Misterio es abstracto, lejano. La razón de esta percepción del Misterio como lejano –nos decía don Giussani– es que existe en nosotros una separación entre razón y experiencia.

¿Qué ha hecho, que sigue haciendo el Misterio para ayudarnos a vencer esta separación, para evitar que Dios sea percibido por nosotros como algo lejano, abstracto? Por piedad hacia cada uno de nosotros el Misterio ha entrado en la historia para que nos resulte más sencillo reconocerle.

«Dios atravesó esta separación [continuaba don Giussani], *este vacío entre Él y la experiencia del hombre*. [...] Dios, el Misterio que hace todas las cosas, salvó la distancia, colmó el vacío que el hombre inevitablemente pondría entre Él y el tiempo y el espacio, es decir, entre la realidad sensible, visible, tangible, audible, y Dios. [...] El Misterio atravesó la abstracción y la distancia en la que quedaría recluso inevitablemente por parte del hombre, puesto que, al no ser visible, tocable, audible, el pensamiento no lo puede aferrar como aferra el significado de un rostro, ni se le puede dirigir el afecto como se le dirige a un semblante. [...] Dios ha salvado, ha atravesado la distancia con la que nosotros lo sentiríamos y en la que lo mantendríamos de no ser por su intervención. ¿Cómo salvó Dios esta distancia? *Encarnándose y saliendo del seno de una mujer como un niño*. [...] *Para hacerse reconocer, Dios entró en la vida del hombre como hombre*, con forma humana, de manera que el pensamiento y toda su imaginación, la afectividad y todo su soñar se quedaron como “polarizados”, imantados»¹⁶ por aquella esperanza que Él había suscitado en mí aquel día¹⁷.

Todo el yo imantado por Él. Aquí se ve la importancia del método al que hacíamos referencia ayer, la precedencia que damos a lo que Él hace. Él no responde a nuestras dificultades con un razonamiento,

sino con un hecho, con un hecho tan atractivo que suscita una esperanza que no podríamos siquiera imaginar. ¡Qué lealtad se necesita para dejar espacio en cada momento a la precedencia de aquella esperanza que Él suscitó en nosotros un día!

¿Cómo sabemos que ha sucedido esto? ¿Cómo sabemos que el Misterio se ha convertido en un factor de la realidad? A través de ese método de conocimiento que llamamos fe. Hablar de fe como método de conocimiento quiere decir ya desde el comienzo sustraer la fe del terreno de lo irracional, del sentimiento, y restituirla al terreno del conocimiento racional verdadero. Esto es decisivo para la racionalidad de la fe y para su dignidad cultural.

Pero, ¿cuál es el origen de este recorrido de conocimiento? ¿Cuál es el punto de partida de este método de conocimiento que es la fe? Sería suficiente con que cada uno mirase por un instante con plena conciencia su experiencia: ¿qué te ha traído aquí? ¿Qué te ha llevado a creer? Cada uno de nosotros puede responder sencillamente con la frase que usó el Papa, la misma que nos ha dirigido muchas veces don Giussani con palabras análogas: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona»¹⁸. Por tanto, «la primera característica de la fe cristiana es que parte de un hecho, de un hecho que tiene la forma de un encuentro»¹⁹.

La fe tiene un punto de partida fuera de nosotros: se trata de un hecho, de una objetividad que desafía la subjetividad del hombre. Nada abstracto, no se trata de una deducción, ni de una proyección; ya desde el origen se trata del encuentro con algo que está fuera de mí, hasta el punto de que ninguna otra cosa ha suscitado la esperanza que Él ha suscitado en mí. Por eso la fe es un gesto humano y debe nacer de forma humana, porque no sería humana si naciese sin razón, sería irracional, es decir, no humana. Y el único modo a través del cual la fe puede nacer de forma razonable, es decir, llevando en sí misma para el hombre, para cualquier hombre, la evidencia de su consistencia, la evidencia de su razón, es a través de un encuentro, a través del acontecimiento de un encuentro.

Nosotros estamos aquí ahora no porque hayamos tenido una visión, no por una imaginación o por algo abstracto, sino por el encuentro con un hecho tan excepcional que nos ha “polarizado”, imantado. ¿Por qué nos ha aferrado así? ¿Por qué nos ha imantado así? Por su excepcionalidad, porque ninguna otra cosa correspondía y correspondía a todas las exigencias de nuestro ser. Por eso el Misterio no es para

nosotros algo desconocido, el Misterio se hace accesible, y su incomprendibilidad no es una propiedad negativa –dice von Balthasar–, sino una cualidad positiva de lo conocido²⁰; es tan imponente lo que veo, lo que me encuentro, que no lo puedo medir, que no me lo puedo meter en el bolsillo, y no porque no lo conozca, sino justamente porque lo conozco. Cuántas veces los discípulos tuvieron esta experiencia, como por ejemplo ante la pesca milagrosa: el Misterio no era algo desconocido –estaba allí, ante ellos–, pero les superaba por todas partes y provocaba aquella reacción de Pedro: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador»²¹. Esto lo decía no ante lo desconocido, sino ante el Misterio que se desbordaba ante él. Y por eso muchas veces se les escapaba esta expresión: «Nunca hemos visto una cosa igual»²².

¿Por qué, en cambio, nosotros seguimos percibiéndolo muchas veces como abstracto, como lejano? Don Giussani lo atribuye a una separación entre la razón y la experiencia. Tal vez este pasaje del Evangelio nos ayude a comprender en qué consiste esa separación: «Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Al verlos, les dijo: “Id a presentarlos a los sacerdotes”. Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: “¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?”. Y le dijo: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”»²³.

Jesús se queda desconcertado: «Pero, ¿no han quedado limpios los diez? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?». Es decir, sólo uno ha comprendido verdaderamente lo que ha sucedido. Jesús no les reprocha sólo su ingratitud, sino el que no entendieran el alcance de lo que había sucedido. Aquí es donde se introduce la irreligiosidad de la que hablaba don Giussani, sin que uno se dé cuenta de ello. No se puede decir que los demás no vieron la curación: la vieron, la tocaron, la pudieron tocar, pero no comprendieron y se perdieron lo mejor. Solamente uno, un samaritano –el Evangelio no pierde detalle–, uno que no formaba parte del pueblo de Israel, no lo da por descontado.

¿En dónde radica el problema? Ante todo en el uso de la razón frente a lo que vemos. Ahí se establece muchas veces una irracionalidad o un racionalismo: reducimos lo que vemos y neutralizamos la provocación

a la inteligencia y al corazón que proviene de lo que vemos. El problema de la fe tiene que ver no con lo que no vemos, sino con lo que vemos, con lo que tocamos, con lo que experimentamos –como la curación–, que nos obliga a ensanchar la razón y a dejarnos arrastrar, imantar por esta Presencia buena que entra en la vida.

¿Quién acepta este desafío que viene de la realidad, de una realidad tan imponente, tan excepcional? ¿Qué es lo que nos permite conocer sin reducir, sin imponer una medida nuestra, de modo que no nos perdamos lo mejor? Nos lo repetía don Giussani a menudo: «El cristianismo presenta así su gran “inconveniente”: que necesita “de los hombres” para ser entendido y vivido. Hombres: es decir, ese nivel de la naturaleza en el que ésta toma conciencia de sí misma. Si la humanidad no vibra no hay discurso religioso que sea capaz de mantener su carácter persuasivo. El cristianismo no tiene más “arma” que ésta: el ser humano que vive como tal»²⁴. Por este motivo decía que «el deseo es lo que asegura la fe real, porque la fe real es el reconocimiento de su presencia, de esta presencia, pero ese reconocimiento no es verdadero si no coincide [...] [con] el deseo. El deseo es el primer gesto, y en mi opinión el único gesto, en el que la verdad del hombre se pone en juego, se pone en juego realmente para hacer sitio al Señor». Este deseo es la pobreza de corazón, de espíritu: «La pobreza del corazón es el deseo de esa presencia con la que el corazón no se turba»²⁵. Por eso resulta más fácil para los sencillos de corazón. Como dice Chesterton, «los sabios –se dicen– no ven respuesta al enigma de la razón. Lo malo no es que los sabios no vean la respuesta, sino que no ven el enigma»²⁶.

Nuestra falta de humanidad es lo que hace que nos cueste tanto comprender hasta el fondo lo que ha sucedido en el encuentro, esa esperanza que Él ha suscitado en nosotros. Y por eso don Giussani nos ha repetido muchas veces la frase de Teófilo de Antioquía: «Tú me dirás: “Muéstrame a tu Dios”. Y yo te digo: “Muéstrame antes al hombre que hay en ti, y después yo te mostraré a mi Dios”»²⁷. Y comentaba: «Tendríamos que citar esta frase en cada uno de nuestros encuentros. Es todo lo que hemos querido decir en estos 25 años. Lo que yo te puedo decir es sólo una respuesta a tu humanidad; si tú no pones en juego tu humanidad, ¿qué respuesta te puedo dar? “No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta no planteada”»²⁸.

Decía san Agustín: «Se siente atraído por Cristo el hombre que encuentra su deleite en la verdad, en la bienaventuranza, en la justicia, en la vida eterna, en todo aquello, en definitiva, que es Cristo»²⁹. Me doy cuenta de que tengo este deseo de verdad cuando, al encontrarme con

Cristo, me siento atraído completamente por Él. ¿Y en qué veo que me siento verdaderamente atraído? ¡En que no me basta la curación! Porque, sin Él, ¿qué me importa la curación? Este es nuestro drama, como el de los leprosos: sólo uno sintió la urgencia, la necesidad de volver, sólo uno comprendió el alcance de lo que le había sucedido, entendió que lo más importante no era la curación, sino que a través de la curación Él se había hecho presente; comprendió que no le bastaba estar curado, sino que tenía necesidad de Él. Por eso nosotros podemos ver muchas cosas que suceden entre nosotros, pero no tener necesidad de Él, de llegar a la fe, de llegar a reconocerLe, y por eso nos perdemos lo mejor.

«Nos enseñas suficientemente –continúa san Agustín– la grandeza de la criatura racional [ésta es nuestra grandeza], que no puede conseguir el descanso feliz con nada que sea menos que Tú»³⁰. Nada nos basta que sea menos que Él.

Por eso, no podemos prescindir de nuestra humanidad para comprender, una humanidad despertada por la potencia de un hecho tan excepcional que es capaz de atraer todo. Pero muchas veces, al igual que los demás, nosotros no sentimos esta urgencia. Y entonces, ¿qué hace Jesús? No se enfada, sino que se asombra de que no comprendamos, como ya entonces se asombraba de que no comprendieran, y sigue dando testimonio ante nosotros, con una posición que nace de un origen misterioso, con la misma actitud que la madre que, aunque no consiga hacer sonreír al niño, sigue sonriendo sin cansarse, sin enfadarse, tratando de hacer brotar el yo del niño que se expresa en la sonrisa. Es lo mismo que hace Jesús.

2. El testigo

Segundo paso. En la convivencia con Él emerge cada vez más una figura única, incomparable: el testigo. La excepcionalidad y la singularidad de Su Presencia hacía cada vez más urgente la pregunta: «¿Quién es éste?». El que se hace una pregunta así delante de otro reconoce que no es capaz de explicar el misterio de esa presencia, de esa persona: esa presencia remite más allá, no tiene en sí la explicación última, da testimonio de Otro.

a) Cristo testigo del Padre

Si miramos nuestra experiencia, ¿qué es lo que ha impedido que el Misterio quedara en algo lejano, abstracto? Toparnos con una Presencia que no hemos podido reducir a una abstracción. ¿Y cuál es el signo

más evidente? Que en nosotros, al igual que en los discípulos, brota muchas veces con urgencia la pregunta: «¿Quién es éste?». La fe –lo hemos visto en la Escuela de comunidad– comienza exactamente con esta pregunta: «¿Quién es éste?». «Aquí se plantea el problema de la fe, la respuesta a la pregunta es la respuesta de fe: uno dice que sí y el otro que no»³¹. Nada abstracto. La pregunta: «¿Quién es éste?» surge ante una presencia que toco, que veo, y que hace surgir la libertad.

«Se produjo otra vez una discusión entre los judíos por estas palabras. Muchos de ellos decían: “Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?” Pero otros decían: “Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?”».

Para seguir colaborando con su destino, para evitar que puedan cerrar en falso la partida, Jesús les desafía poniendo ante ellos las obras: «¿Decís vosotros que blasfemo porque digo que soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras [las obras que podéis mirar, que podéis tocar, que podéis ver; no podéis cerrar en falso la partida: las obras las tenéis delante], para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre»³².

Pero para provocar nuevamente su razón y su libertad no se detiene ahí: después de haber saciado su hambre podría haberse conformado, ¿no? Querían hacerle rey, le habían reconocido. Entonces, ¿por qué no te contentas, Jesús? Sin embargo Él les provoca de nuevo.

«Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del lago, notó que allí no había habido más que una lancha y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entre tanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan. Cuando la gente vio que ni Jesús y sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo has venido aquí?”. Jesús les contestó: “Os lo aseguro: me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros”». Jesús no cede, no reduce Su propuesta y sigue desafiándoles: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, el que os dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios». Y cumple el último paso del desafío: «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros». Sabía que sin este paso todo lo demás no habría sido suficiente para responder a su necesidad humana, a la necesidad de aquellos que le escuchaban, no

hubiera bastado para llenar sus corazones. Llegar al final no es algo opcional, la fe no es algo opcional. Dependiendo de si llegamos o no hasta ahí, todo se mantiene en pie o todo se hunde. Por eso Jesús no se detiene: «¿También vosotros queréis marcharos?».

¡Que espectáculo de libertad nos ofrece Jesús! No tiene miedo de quedarse solo, no cede cuando está en juego el destino del hombre y su felicidad. ¡Qué pasión! ¡Qué pasión por cada uno de nosotros! Y esta libertad de Jesús es la provocación más poderosa a la libertad de Pedro, que se ve obligado a mostrarse, a tomar posición, a expresarse desde lo profundo de su ser. Entonces Simón Pedro, con su ímpetu acostumbrado, dice: «Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos vamos, ¿a dónde iremos? Sólo tú tienes palabras que explican la vida. Es imposible encontrar a uno como tú. Si no puedo creer en ti, ya no pudo creer ni a mis ojos, no puedo creer en nada»³³.

Daos cuenta de que ésta es la verdadera alternativa, dice Giussani, «Es la gran, verdadera, real alternativa: o todo termina en nada –nada de lo que amas, nada de lo que estimas, nada de ti mismo y de tus amigos, nada del cielo y de la tierra, nada, todo es nada porque todo termina en cenizas– o bien ese hombre tiene razón, es lo que dice ser»³⁴. Si nos contentásemos con todo y no llegásemos a reconocerle a Él, aumentaría en nosotros el nihilismo, y antes o después dejaría de interesarnos la fe. Llegar al final no es algo opcional, es la única posibilidad de que la fe siga siendo interesante para la vida. Por eso nos interesa hacer todo el recorrido del conocimiento. Y Giussani comenta: «Este punto sintetiza, como dije antes, todo el dramático manifestarse de Cristo y el surgimiento de la fe en el mundo; es el momento en que la fe en Cristo entra en el mundo, y durará hasta el final del mundo»³⁵.

La partida no termina hasta que no se encuentra respuesta a la pregunta: «¿Quién es éste?», que surge en el encuentro con Él. El testigo me hace presente al Misterio y provoca en mí la pregunta: «¿Quién es éste?», pero yo solo no consigo identificar qué es este Misterio. Como decimos a veces entre nosotros: «Yo no consigo decir que este Misterio que he encontrado es Cristo, no consigo decir Su nombre». Tampoco los discípulos. Intentaron responder a su pregunta, hubo varios intentos de respuesta (Juan el Bautista, Elías, Jeremías, uno de los profetas), pero no era suficiente.

Por eso el testigo no es sólo aquel que despierta la pregunta, sino aquel que responde a ella. Por eso don Giussani en *Si può veramente (!) vivere così*, a los cinco puntos de la fe (expuestos en *¿Se puede vivir así?*) añade otro: «Su respuesta»³⁶; Él es el único capaz de ofrecer

la respuesta a esta pregunta. ¿Y cómo responde a ella? «Si un hombre cualquiera que hubiera vivido en los tiempos de Cristo, tras conocerle, le hubiera dirigido la pregunta “Pero, ¿tú quién eres? ¿Cuál es tu nombre?”, Jesús podría haber respondido: “Yo soy el enviado del Padre” (*missus*, el enviado). Enviado por Otro: esta expresión encierra el misterio respecto a su Origen y a su Fin, encierra todo el misterio de Su persona, que, en cuanto puede conocerse experimentalmente y constatare existencialmente, está vinculada exactamente al significado de esta palabra: “enviado”»³⁷. Si leemos el Evangelio de san Juan encontramos por todas partes esta expresión: «enviado», «yo soy “el enviado del Padre”, la expresión entre los hombres del misterio del Padre, la presencia entre los hombres del Misterio que hace todas las cosas»³⁸. Leer el Evangelio de Juan tratando de sorprender aquellas expresiones en la que Jesús traduce Su conciencia de ser enviado del Padre, genera una conmoción ante el Misterio. Esta es la explicación última de Su excepcionalidad: «No estoy yo solo, sino que estoy con el que me ha enviado, el Padre»³⁹. «Yo y el Padre somos uno»⁴⁰. Cristo es el testigo del Padre porque es el enviado del Padre.

¿Y por qué es razonable creer en Él como el enviado del Padre? Aquí se manifiesta precisamente la singularidad única del testimonio de Cristo. Él no vehicula el contenido de la verdad como podía vehicularlo un profeta; Él es la verdad. ¿Y por qué lo comprendo, por qué lo sé? Porque Él la hace presente, comunicándola de tal forma que nosotros podamos captar Su testimonio único. «Entre Sócrates y Cristo sólo existe una contraposición, pues Sócrates remite a la verdad que no es él, mientras que Cristo es la verdad y la comunica comunicándose»⁴¹. Cristo es la verdad y la comunica comunicándose.

Hemos escuchado muchas veces a don Giussani decir que en Cristo contenido y método coinciden, y esto tiene una importancia decisiva: al hacer suceder la verdad que testimonia, Él facilita nuestro reconocimiento.

Yo puedo creer razonablemente al testigo Jesús de Nazaret, al testigo externo que toco, que palpo, que veo, por el testigo interno de la correspondencia que experimento en la relación con Él: ambos testimonios coinciden. Por eso, si no creo en Ti no puedo ya creer a mis ojos, no podría creer en nada. La correspondencia que experimento al encontrarme con Jesús es tan única e imposible que sólo con Él puedo llegar a conocer hasta el fondo la realidad. No sólo conozco hasta el fondo la realidad, no sólo conozco hasta el fondo mi propia persona, sino que soy más yo mismo. Yo sé que es Él porque incrementa mi ser, porque hace posible la totalidad de mi persona. Por eso Le necesito. Al

encontrarme con Jesús —únicamente con Él— se realiza misteriosamente mi humanidad según la estatura de la experiencia elemental; se trata de una desproporción estructural que yo por mí mismo no pudo cumplir.

Podemos recordar la imagen del «resonador de Quincke»⁴², que utilizaba don Giussani para indicar la sintonía entre el encuentro con una persona histórica y las exigencias infinitas de mi ser, de mi corazón. Si mi experiencia elemental llega a su culmen cuando puedo decir: «Yo-soy-Tú-que-me-haces», al encontrarme con Jesús puedo decir, por pura gracia, «Yo-soy-Tú-que-me-atraes», por la esperanza que Él ha suscitado en mí. «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!»⁴³. Soy yo, pero ya no soy yo. La decisión de adherirme, de creer en Él, dice don Giussani, «es generada sólo por el descubrimiento de que el propio yo es atraído por Otro, de que la sustancia de mi yo, la sustancia de mi ser, de mi corazón, es idéntica a “ser atraído por Otro”»⁴⁴ y aquí radica el cumplimiento de mi yo.

Por este motivo, criterio del corazón y testigo caminan juntos. Es inútil contraponer —como a veces he visto que hacéis en este periodo en el que hemos hablado del testigo— corazón y testigo, porque el corazón es el que reconoce al testigo en virtud de esa experiencia de plenitud que ningún otro puede darme. El corazón es el que me permite reconocer la verdad, que es la que me lleva a una plenitud mayor. «Por tanto el juicio acerca de la credibilidad del testigo», dice don Giussani, «es un juicio que doy con mi razón»: si no puedo creer en lo que ven mis ojos, no puedo creer en mí mismo. «Yo he llegado a darme cuenta de esto por mi conocimiento directo, es decir por el empleo de mi razón. La fe no presupone la fe para ser ella misma, para ser fe presupone la razón»⁴⁵. Si no creo en Ti, ya no puedo creer en lo que ven mis ojos, no puedo creer en nada.

Por tanto la fe en Dios es fe en Cristo. De esta forma Jesús cumple el objetivo por el que ha entrado la historia. Jesús no concebía, nos ha dicho siempre don Giussani, «la fascinación que suscitaba en los demás como algo que se refería a sí mismo, sino al Padre: se dirigía a él mismo para que Él nos pudiera conducir al Padre mediante su conocimiento y su obediencia»⁴⁶, porque es allí donde se cumple toda la naturaleza de mi yo, que es deseo de Infinito. Si nos detenemos en una curación cualquiera, antes o después nos volveremos escépticos, porque no es suficiente, no es suficiente si no te tengo a Ti, Cristo. Por eso Jesús no cede ni un milímetro en este sentido, porque si cediese, se acabaría el cristianismo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado»⁴⁷. Por eso Su misión es ser testigo del Padre.

b) La Iglesia, testigo de Cristo

A semejanza de Cristo, testigo del Padre, la Iglesia es testigo de Cristo. La contemporaneidad de Cristo hoy es la Iglesia. «A la Iglesia – dice la *Gaudium et Spes*– toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado»⁴⁸. Por eso la Iglesia «está absolutamente interesada en excluir la cualidad puramente autorreferencial [cualquier referencia a sí misma] de la fe que ella vive»⁴⁹. La referencia es a Cristo. La Iglesia –usando una expresión, una imagen muy querida para los Padres de la Iglesia– habla de sí misma como de la luna. Dice san Ambrosio: «Esta es la verdadera luna. [...] La Iglesia resplandece no con luz propia, sino por la luz de Cristo, y toma su propio esplendor del Sol de justicia, de forma que puede decir: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*»⁵⁰. A través de la Iglesia el mismo Cristo resucitado sigue atrayéndonos, pero «*al atraer hacia sí, atrae hacia el Señor: y por tanto no atrae propiamente a sí por sí mismo*»⁵¹, sino para llevarnos hacia el Único capaz de cumplir nuestra vida: nada basta que sea menos que Tú. Por eso si nos detenemos aquí, Cristo y el cristianismo dejarán de interesarnos antes o después. Si no comprendemos esto, tarde o temprano la vida dejará de interesarnos, porque ninguna otra cosa corresponde a nuestro deseo. La fe no es algo opcional.

La Iglesia se manifiesta ante nuestros ojos a través de los testigos. El más importante para nosotros es don Giussani. No es casualidad que el cardenal Ratzinger dijera en su funeral que don Giussani, «por haber guiado a las personas no hacia sí mismo, sino hacia Cristo, ha conquistado los corazones»⁵². Don Giussani nos fascinó precisamente porque amaba a las personas para llevarlas a Cristo, para llevarnos hacia Cristo. Yo no sé cuál es la modalidad con la que el Misterio conduce a cada uno de nosotros al Destino, cuál es la persona que os pone delante, que os arrastra a Él: esto lo sabe cada uno de vosotros. Hace falta reconocer la precedencia de Cristo, que actúa y que me pone delante testigos que suscitan en mí un atractivo poderoso, que impiden que me detenga y que me llevan verdaderamente al Único que cumple la vida.

3. La fe, reconocimiento del Misterio presente

«Hay algo en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia. Si es imprevisible, no inmediatamente visible, misterioso, ¿con qué instrumento de nuestra personalidad captamos esa Presencia? Con ese instrumento que se llama fe. [...] Nosotros percibimos en la experiencia el soplo o

la vibración o las consecuencias de una Presencia sorprendente, que no se puede explicar», pero que existe. «He dicho que la fe es una forma de conocimiento que está por encima del límite de la razón. ¿Por qué está por encima del límite de la razón? Porque capta una cosa que la razón no puede captar: “La Presencia de Jesús entre nosotros”, “Cristo está aquí ahora”. La razón no puede percibirlo como percibe que tú estás aquí, ¿está claro? Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está. ¿Por qué? Porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia [...]. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente, cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo “entonces no está”, me equivoco, porque elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable». Por esto mismo, «la fe es un acto de conocimiento que reconoce la presencia de algo que la razón no puede captar, pero que, sin embargo, debe afirmarse pues de otro modo se eludiría, se eliminaría algo que está en la experiencia [...]; es inexplicable, pero está dentro. Entonces por fuerza, hay en mí una capacidad de comprender, de conocer un nivel de la realidad que es mayor que el acostumbrado»⁵³. Porque Él lo hace suceder, me hace capaz de captarlo porque amplía mi capacidad de comprender.

Esta es la lucha que Jesús mantuvo con sus discípulos y también con nosotros. Dice von Balthasar: «El modo como los Apóstoles, israelitas creyentes, trataron con el Señor, era fundamentalmente [absolutamente] veterotestamentario. [...] En un primer momento, los discípulos son ciegos y obstinados como el pueblo, no entienden nada, tienen poca fe, les falta el coraje necesario para creer, están ansiosos de prodigios, son ambiciosos y, en suma, dignos representantes de su estirpe [es un consuelo para nosotros]. La dificultad que el trato con el Señor plantea a los apóstoles no radica en la experiencia sensible [no es que no vieran: veían], sino en la fe [se detenían antes], que debe ser proporcionada a *este* objeto y completamente capaz de percibirlo»⁵⁴. No eran capaces de percibir su excepcionalidad. Por eso toda la lucha que Cristo entabla con nosotros, sin aceptar reducir su alcance, es la misma que mantenía con los discípulos: evitar que nos detengamos en la experiencia sensible, para que podamos reconocer lo que hay dentro de la experiencia.

Aquí encontramos un último escollo, porque reconocer esto no siempre es fácil. Dice don Giussani: ¿qué nos facilita el reconocimiento de Algo que está, pero que yo no veo? Como escribió en *El*

sentido religioso: ¿cómo es posible superar este vacío entre mi razón y mi voluntad de adhesión? La superación se produce a través de la presencia de la autoridad y de la compañía (¿recordáis lo que decía de la experiencia del riesgo?).

Pero esto sirve hasta un cierto punto. Cuando las cosas se ponen crudas verdaderamente –pensemos en los apóstoles durante la Pasión: todos le abandonaron, ni siquiera la presencia de Jesús entre ellos pudo evitarlo–, entonces hace falta una fuerza más poderosa: se llama Cristo resucitado y Su Espíritu, que domina el mundo, que entra en el mundo –Pentecostés– para facilitar este reconocimiento último. Por eso este reconocimiento es gracia. Sólo la gracia «cumple en un cierto punto aquello que la compañía no ha conseguido cumplir, aquello que el hombre grande no ha conseguido cumplir»⁵⁵. Por este motivo, dice don Giussani, «la fe es racional, pues florece sobre el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad»⁵⁶. San Pablo lo dice con estas palabras: «Nadie puede decir “Jesús es Señor” [es decir, afirmar toda la verdad de Jesús], si no es bajo la acción del Espíritu Santo»⁵⁷. Él es el que nos lleva a la verdad plena, al reconocimiento pleno de Cristo.

Esto es lo que nos ha testimoniado don Giussani: «Cristo, éste es el nombre que indica y define una realidad que he encontrado en mi vida. He encontrado: había oído hablar de él antes, de pequeño, de muchacho, etc. Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha gente no se ha encontrado con Él, no lo ha experimentado realmente como presencia; en cambio, Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que Él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. Como decía Möhler en una frase que he citado muchas veces: “Pienso que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo”. [...] Es quizá una de las frases que más he recordado en mi vida. Cristo, vida de la vida, certeza del destino bueno y compañía para la vida cotidiana, compañía familiar y transformadora para bien: esto representa la eficacia Suya en mi vida»⁵⁸.

La fe que don Giussani nos ha testimoniado, nos ha querido transmitir, es una fe así, y nosotros no podemos más que pedir, como dice el Evangelio: «¡Aumenta nuestra fe!»⁵⁹

SANTA MISA

SALUDO INICIAL DE SU EMINENCIA CARDENAL STANISLAW RYLKO
PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

Queridos amigos, mi cordial saludo para todos: para vosotros que os habéis reunido en Rimini y para los que, esparcidos por distintos países en los cinco continentes, participáis en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL en conexión vía satélite. Esta cita anual es un gran testimonio de vuestra comunión en la fe y un momento privilegiado para la renovación espiritual que cada uno necesita para seguir caminando.

«Sabed que el Señor es Dios; que él nos hizo y somos suyos; su pueblo y ovejas de su rebaño» (*Sal* 99,13). El Salmo responsorial expresa muy bien el tema que habéis elegido este año para vuestra meditación: la fe que vence al mundo. La fe significa precisamente esto: pertenecer a Cristo («somos suyos»), y pertenecer al pueblo de los creyentes, que es la Iglesia –compañía de amigos en camino, como dice Benedicto XVI («somos su pueblo»). Nuestra identidad de cristianos se funda sobre esta doble pertenencia.

Queridos, seguros de esta convicción, comencemos la celebración de la Eucaristía invocando sobre nosotros la misericordia divina.

HOMILÍA

Cristiano, es decir, «signo de contradicción»

1. ¿Por qué hacer Ejercicios espirituales? ¿Cuál es el sentido de este tiempo que el Señor nos regala? «Los Ejercicios espirituales – ha dicho recientemente el Santo Padre– constituyen un camino y un método particularmente valioso para buscar y encontrar a Dios en nosotros, en nuestro entorno y en todas las cosas, con el fin de conocer su voluntad y de ponerla en práctica» (*Discurso*, 21 febrero 2008). Y don Giussani escribía que «no se puede construir si no es sobre roca, sobre lo que es cierto. Sin certeza no se construye nada» (*¿Se puede vivir así?*, p. 35). En un mundo de insidiosas arenas movedizas, nosotros debemos buscar la certeza sobre la que poder apoyar nuestra existencia, la roca sobre la cual construir nuestra vida. Los ejercicios espirituales son el lugar de una búsqueda más intensa de esa roca y de esa certeza absoluta que es Cristo.

La historia de los discípulos de Emaús es en mi opinión el paradigma de los ejercicios espirituales, que es en verdad paradigma de toda la vida

cristiana. Jesús resucitado se hace nuestro compañero de camino para volver a encender en nuestro corazón el ardor de la fe y de la esperanza, para partir para nosotros el pan de la vida eterna. Es un camino de maduración y purificación de nuestra fe. De esto ha hablado recientemente Benedicto XVI (Cfr. *Regina coeli*, 6 de abril de 2008). Para vosotros, queridos amigos, Emaús es Rímini: aquí el Señor os llama cada año y se hace compañero vuestro para hablaros a lo íntimo del corazón, para explicaros las Escrituras, para partir para vosotros el pan. Para volver a colocaros sobre la roca...

2. El pasaje que hemos escuchado de los Hechos de los Apóstoles nos traslada a los tiempos de la primerísima evangelización de nuestro continente y nos lleva inevitablemente a pensar en el estado de la fe en Europa. «Aquella noche Pablo tuvo una visión: un macedonio le rogaba: “Ven a Macedonia y ayúdanos”» (*Hch* 16,9). La evangelización de Europa comenzó con este grito dramático dirigido al Apóstol: «Ven... y ayúdanos». Dos mil años después de aquello, ¿qué lugar ocupa la fe en la vida de los europeos? La respuesta nos viene de las páginas de la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, en donde el siervo de Dios Juan Pablo II explicaba así la “época de extravío” que atravesaba el Viejo continente: «En la raíz de la pérdida de la esperanza está el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre [...] La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera (n. 9)». Este es el drama de Europa, que reniega de sus raíces cristianas y censura así su propia identidad, de una Europa que rechaza la roca que es Dios y que pretende construir su presente y su futuro sobre arena, insensible al llamamiento de Benedicto XVI que dice que «las cuentas sobre el hombre, sin Dios, no cuadran; y las cuentas sobre el mundo, sobre todo el universo, sin él no cuadran (*Homilia*, 14 septiembre 2006). Porque, como ha recordado el Papa en Aparecida (Brasil), «quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” [...] Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano (*Discurso*, 13 mayo 2007). Es cierto, la fe en Jesucristo nunca se puede dar por descontada. Todavía menos en la era post moderna. La fe es un desafío siempre abierto, para todos, para cada uno de nosotros. Durante estos ejercicios espirituales, cada uno debe sentirse reclamado a volver a

poner a Dios verdaderamente en el centro de la propia existencia, de la propia familia, de la comunidad en la que vive.

Y no sólo. La sed de Dios de muchos hombres y mujeres de hoy, especialmente de los jóvenes, una fe que los obstáculos y las cerrazones de la posmodernidad no consiguen eliminar, exige que los cristianos, es decir nosotros, asumamos la tarea de responder al grito de muchos “macedonios” de nuestro tiempo: «Ven... y ayúdanos». Es una petición a la cual no podemos permanecer sordos. El mundo nos necesita a nosotros, los cristianos; tiene necesidad de nuestra presencia visible e incisiva, de nuestro testimonio de fe claro y persuasivo y de un anuncio valiente de la Palabra que salva. ¡Cuánta historia desde aquel sueño de Pablo que nos han recordado los Hechos de los Apóstoles! Y sin embargo, parece que hoy en día hemos vuelto a los inicios: Europa es de nuevo tierra de misión y nuestra responsabilidad como cristianos es enorme.

3. Testimoniar la fe no es fácil. De esto nos advierte el mismo Cristo, cuando nos dice claramente, en el pasaje evangélico que hemos escuchado: «Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros [...] Recordad lo que os dije: no es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán (Jn 15, 18.20). El cristiano está destinado a convertirse de un modo u otro en “signo de contradicción”, como el Maestro. Escribe Hans Urs von Balthasar: «Según la enseñanza de Cristo el estado de persecución es el estado normal de la Iglesia en el mundo, y el martirio del cristiano es su situación normal. No en el sentido de que la Iglesia deba ser continuamente y por todas partes perseguida; pero si lo es durante algún tiempo y en determinadas regiones, debe recordar enseguida que es partícipe de una gracia que le ha sido prometida: “Os he dicho esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho” (Jn 16,4). Éstas palabras –dice von Balthasar– no pueden ser superadas por ninguna evolución del mundo» (*ndr.*: traducción del texto en italiano; *Cordula oder der Ernstfall*). Pueden, por tanto, cambiar las formas y los métodos de la lucha contra Cristo y contra su Iglesia, pero las persecuciones de los cristianos son una constante, también en tiempos como los nuestros, saciados de palabras como libertad, igualdad, pluralismo, tolerancia... Escribía Juan Pablo II: «En nuestro siglo han vuelto los mártires, con frecuencia desconocidos, casi “militi ignoti” de la gran causa de Dios. En la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios (*Tertio millenio adveniente*, n. 37).

Con toda su existencia y con el testimonio de la fe hasta el derramamiento de la sangre, los mártires nos hablan de la centralidad de Dios en la vida

del hombre: un mensaje de importancia fundamental para la humanidad de hoy. El Santo Padre Benedicto XVI no se cansa de repetirlo: «Se trata de la centralidad de Dios; y no precisamente de un Dios cualquiera, sino del Dios que tiene el rostro de Jesucristo [...] Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero todos ellos sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida» (*Homilía*, 7 noviembre 2006). Los mártires, por tanto, nos infunden el valor para apostar la vida por Dios. Nos reclaman al valor inconmensurable de la fe, por la cual –como por el tesoro de la parábola evangélica– merece la pena dar todo: «*Amor Dei usque ad contemptum Sui*», el amor de Dios, hasta el desprecio de sí, como decía san Agustín (*De civitate Dei*). Nos recuerdan que ser cristianos comporta elecciones radicales –la sal debe dar sabor y la lámpara debe difundir la luz– y significa a menudo ir contracorriente, ser “signo de contradicción” en el mundo y en el propio ambiente de vida. Los mártires nos animan a ser nosotros mismos en el mundo, es decir cristianos, y a no esconder o diluir nuestra identidad de discípulos de Cristo. Su testimonio es para nosotros un aguijón saludable, aguijón saludable para nuestra fe, con frecuencia demasiado acomodada con el espíritu del mundo, aguada, dispuesta a compromisos con la cultura que domina actualmente la escena.

Queridos amigos, reflexionando sobre el don de la fe, busquemos durante estos ejercicios espirituales enriquecernos con el testimonio de las legiones de mártires que pueblan la historia de la Iglesia: los de las épocas más lejanas y los de nuestros tiempos. A María, venerada como Reina de los mártires y de los confesores, le pedimos que sea la maestra que nos ayude a aprender esta elección, que es determinante para la vida de todo cristiano. Que así sea.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Eminencia, permítame agradecerle en nombre de todos nosotros su cada vez más querida paternidad. Le suplicamos que pida por nosotros, para que podamos –siguiendo el carisma de don Giussani– testimoniar delante de todos lo que para nosotros es más querido, para el bien de la Iglesia y del mundo. Gracias.

Cardenal Rylko. Soy yo el que os agradezco el testimonio de fe que estáis dando, el testimonio de este hecho tan importante y fascinante: la belleza de ser cristianos y la alegría de comunicarlo al mundo. Siempre estáis presentes en mis oraciones. Ánimo, seguid así hacia esa gran meta que os ha mostrado don Giussani.

Sábado 26 de abril, tarde

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven: Triple concierto en do mayor para piano, violín, violonchelo y orquesta, op. 56

David Oistrakh, violín – Mstislav Rostropovich, violonchelo

Sviatoslav Richter, piano

Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker, EMI

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

La vida en la fe

1. El que cree tiene vida eterna

Julián Carrón. «¿En qué se apoya nuestra persona? ¿Sobre qué se sustenta?»⁶⁰, se preguntaba don Giussani hace algunos años. Una pregunta similar plantea el Papa en la *Spe salvi*: «La fe cristiana, ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida?». Continúa el Papa: «En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: “¿Qué pedís a la Iglesia?”. Se respondía: “La fe”. Y “¿Qué te da la fe?”. “La vida eterna”. Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”. En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna»⁶¹. En este sentido, el Catecismo de la Iglesia dice: «El Bautismo es de un modo particular “el sacramento de la fe” por ser la entrada sacramental en la vida de fe»⁶².

Lo que esperaban y esperan los padres que llevan su hijo a bautizar es lo mismo que esperamos nosotros: que la fe nos dé la vida. Lo único

que hace razonable la fe es su promesa de darnos la vida. Para eso ha intervenido Dios en la historia, para traernos esta vida, y esta vida nos alcanza en el Bautismo. «No obstante –comenta don Giussani–, en la jerarquía de estima y de interés que gobierna nuestra vida no hay normalmente nada más extraño que el Bautismo». ¿Por qué es tan extraño algo tan decisivo hasta el punto de darnos la vida? Porque este inicio, fechado en el tiempo, a menudo «puede verse sepultado bajo una espesa capa de tierra o enterrado en una tumba de olvido e ignorancia»⁶³.

Para muchos de nosotros el Bautismo estaba así, sepultado en el olvido. ¿Qué ha despertado de nuevo el interés por la fe que nos da el Bautismo? ¿Cómo se empieza a comprender su alcance? Cada uno de nosotros lo sabe bien: se empieza a comprender –nos ha explicado siempre don Giussani– en el encuentro con una compañía cristiana viva. De hecho, «la fe que se requiere para el Bautismo –dice el Catecismo– no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse [...]. En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer *después* del Bautismo»⁶⁴.

¿Cómo crece y se desarrolla la fe? En la pertenencia a la Iglesia. Por eso el Bautismo nos incorpora a la comunidad de los creyentes, porque nos convierte en una persona en Cristo. «Todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el Bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno [*eis*, insistía siempre don Giussani, ¡una sola persona!]

en Cristo Jesús»⁶⁵. Por eso el Catecismo continúa: «El Bautismo es el sacramento de la fe. Pero la fe tiene necesidad de la comunidad de creyentes. Sólo en la fe de la Iglesia puede creer cada uno de los fieles»⁶⁶. En el cuerpo de Cristo se comunica la novedad de Cristo, la vida que Él ha traído.

«Porque la Iglesia es el método con el que Cristo se comunica en el espacio y en el tiempo, igual que Cristo es el método que Dios ha elegido para comunicarse a los hombres por su salvación». Si no estuviese presente en la Iglesia, «Cristo quedaría irremediablemente lejos de nosotros, y sería, por tanto, víctima de nuestra interpretación, [...] como método y como contenido, se vería en último análisis reducido al subjetivismo»⁶⁷.

Al encontrarnos con el movimiento hemos experimentado el despertar en nosotros de la fe, del valor de Cristo para la vida. El movimiento ha sido para nosotros esta compañía cristiana viva, en donde se ha despertado de nuevo todo el interés por Él. ¿Qué ha sucedido después?

Después –insiste don Giussani en muchas ocasiones– nos hemos apartado de nuevo de la «experiencia del inicio»⁶⁸. Después de la esperanza suscitada en el encuentro con el movimiento, parece que con el tiempo todo se vuelve de nuevo árido, y muchas veces, parece que las nuevas promesas que se nos hacen nos encuentran cada vez más escépticos. Entonces surge en nosotros la pregunta, al igual que en Nicodemo: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?»⁶⁹. ¿Existe todavía esperanza para nosotros? ¿Es realista esperar? Ahora que nos conocemos a nosotros mismos, que conocemos las circunstancias, la vida, ¿hay algo que nos sostenga, que nos ayude?

Para comprender qué ha pasado después, observemos lo que describe don Giussani, porque me parece que ejemplifica muy bien lo que sucede. Imaginad una casa del Grupo Adulto, o bien un grupo de Fraternidad, en una hermosa velada de cantos con un clima de amistad y de fraternidad, y don Giussani que les dice: «Es muy hermosa la canción que acabáis de cantar, como música y como modo de cantarla, y como sentimiento humano de amistad y fraternidad que en ella se refleja, de compañía en una aventura. No obstante, si las cosas se pudiesen enumerar como las he enumerado yo ahora y basta, y se diese por descontado algo diferente –que se acepta y se reconoce (entendámonos), pero que se da por descontado–, y no se pronunciara Su nombre con énfasis en el diálogo, con ganas de hacerse oír, con voluntad de escucharlo»; si no sentimos la urgencia de escucharlo, si Cristo, Su nombre, «no tuviese una personalidad en última instancia autónoma, si no tuviese un rostro en última instancia singular, de rasgos inconfundibles», Cristo perdería «esa singularidad última, inconfundible». Si Cristo pierde esa singularidad última, uno puede marcharse a EEUU, como era el caso de aquella noche, por motivos de trabajo, sostenido por el recuerdo amigable de una compañía que le espera a su vuelta; uno puede tener un trabajo excepcionalmente satisfactorio, verdaderamente idóneo para él, hasta el punto de que toda la gente se maravilla de su contribución; pero no es suficiente. «Si [Cristo] no es objeto de nuestro pensamiento (memoria), contenido del que se habla (invocación), que se contempla con estupor y gusto, hasta el punto de traducirse en gozo por su presencia, hasta el punto de decir: “mi corazón está alegre porque Tú vives”»⁷⁰, todo lo demás no nos basta.

«Estemos atentos, porque la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo un mundo de humanidad [una compañía de amigos bellísima, el canto juntos, sentirse como en casa, encontrarse

verdaderamente a gusto], lleno de gozo y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de ayuda también materialmente muy concreta. [...] Y sin embargo, Jesús puede ser reducido al “retrato de una mujer hermosa esculpido en el monumento sepulcral de la misma” [Cristo puede ser un retrato sobre un sepulcro]. Si Jesús viniese aquí en silencio –*softly*– y se sentase en una silla, allí, cerca de ella, y todos nos diésemos cuenta en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo el asombro, la gratitud, la alegría... no sé en cuántos sería verdaderamente espontáneo el afecto», como si fuese un amigo conocido, con una familiaridad sencilla. «No sé si no nos sentiríamos hundidos bajo una capa de vergüenza al darnos cuenta en ese momento de que no hemos dicho nunca “Tú”», de que hemos estado juntos, de que todo ha sido bonito, pero nadie ha sentido la necesidad de decir Su nombre.

Si no existe un yo personal que dice «Tú» a Cristo, como se le dice a un hombre presente, Cristo acaba «dilapidado o desdibujado detrás de la presencia hermosa y alegre de la compañía de unos rostros que deberían insinuarse como signo de Él», y nos quedamos ahí, nos detenemos en el signo. Es verdad, la «compañía es el signo –insatisfactorio, aproximativo, analógico– de una realidad de otro mundo [...]. La presencia de Cristo en el mundo es el milagro de nuestra compañía. [...] No se trata de amortiguar el valor de nuestra amistad, de difuminar la eficacia de los rostros, las palabras, los ojos, el canto y el corazón que tiene una compañía bella como ésta, sino que se trata de vivir una especie de tensión extrema por gritar su nombre, Cristo: “Gracias porque Te has hecho visible y Te has sentado aquí”»⁷¹.

La fe es esta tensión extrema por reconocer y decir Su nombre, por reconocerle en acción en medio de nosotros. Pero muchas veces nos podemos reconocer en lo que don Giussani describe. Me acuerdo de una vez que estando con mis amigos de la Escuela de comunidad contaban cosas preciosas de la cena que habían tenido, pero nadie había sentido la urgencia de decir Su nombre. Me venía a la mente este ejemplo: es como si a una de vosotras le hubieran regalado un estupependo ramo de flores y no parara de hablar del ramo de flores, pero no sintiese la urgencia de decir el nombre, de hablar de la persona que se lo ha regalado. A nosotros no nos sale de forma natural, ¿nos falta esa tensión extrema por decir Tu nombre, Cristo! Muchas veces lo sentimos como algo forzado, como un añadido, como algo que se superpone. Pero, ¿a quién se le ocurriría decir que hablar de forma entusiasta de quien nos ha mandado las flores es un añadido, es una

deducción o un autoconvencimiento? Sólo al que no ha comprendido el verdadero significado de las flores, al que carece de esa tensión extrema por decir Su nombre.

Por eso si las flores no son la ocasión para despertar la memoria de Él, la velada juntos pasa y, como la flor, se marchita; comenzamos a apartarnos del inicio, que empieza a perder su fascinación. ¿Qué ha sucedido? «Llegados a un punto –decía don Giussani en Colfosco en 1982– la compañía se ha convertido en el verdadero sustituto de Cristo»⁷². Por eso nos alejamos del inicio. Don Giussani nos lo ha dicho de todas las formas posibles: «El movimiento –decía en Viterbo en 1977– nació de una presencia que se imponía, que representaba una provocación para la vida, una promesa que seguir. Pero después confiamos la continuidad de este inicio a discursos, reuniones y cosas que hacer. No la confiamos a nuestra vida, de tal forma que muy pronto el inicio dejó de ser una verdad ofrecida a nuestra persona y se convirtió en el principio de una asociación, de una realidad sobre la que descargar la responsabilidad del propio trabajo y de la que pretender la solución de los problemas. Lo que suponía una provocación personal y, por tanto, un seguimiento vivo se volvió participación en una organización»⁷³. No comprendimos que lo que había despertado el interés por el movimiento era precisamente Él, que se asomaba en el rostro de aquellos que habíamos conocido, era Él el que se manifestaba en aquellos rostros.

Es terrible lo que Giussani dice: «Mirarte [Cristo] en esta compañía puede ser entre nosotros tan difícil como lo es para la mayoría de los hombres que viven solitarios estas cosas, con una falta de conocimiento pavoroso, brutal, y con una soledad mortal en el corazón»⁷⁴. Bastaría pensar cuántas tardes hemos pasado juntos y cuántas veces hemos vuelto a casa sin haberle reconocido. ¡Pero nuestra compañía está sostenida sólo por el hecho de que Te reconocemos, Cristo! Si no Le miramos en ella y no Le reconocemos, seguiremos hablando de Cristo, pero como reclamo “espiritual”, porque lo concreto será otra cosa. Así es como Él se vuelve abstracto, cada vez más abstracto.

«Para muchos de nosotros, que Jesucristo sea la salvación, y que la liberación de la vida y del hombre, aquí y en el más allá, esté unida continuamente al encuentro con Él, se ha convertido en un reclamo “espiritual”. Lo concreto es otra cosa: el compromiso sindical, defender ciertos derechos, la organización, la unidad de trabajo y, por tanto, las reuniones, no para expresar una exigencia vital, sino como un peso que mortifica la vida, un peaje que pagamos a una pertenencia que inexplicablemente nos cuenta todavía entre sus filas»⁷⁵. Es nuestro

intento de reducir la Iglesia, el lugar de Su presencia, el movimiento, a una compañía bonita, a tareas, a organización, al igual que los discípulos trataban de reducir a Cristo a sus esquemas. Pero esto, antes o después, nos desilusiona, y la vida se aleja; el interés por Él, que se había reavivado, se acaba.

Por eso debemos estar atentos a dos tentaciones que están siempre al acecho y que podemos apuntar sintéticamente así: concebir un Cristo sin Iglesia, es decir, expulsar a Cristo de la realidad, a un mundo lejano, sobrenatural, y reducirlo a nuestra interpretación o a nuestra medida; o bien una Iglesia sin Cristo, en donde la Iglesia es percibida no como el cuerpo de Cristo, que lo hace presente, sino como el sustituto de Cristo. El denominador común en ambas tentaciones es que Cristo está fuera de la realidad. Pero la Iglesia –el movimiento– sigue siendo interesante para nosotros, sigue interesándonos, imantándonos como al principio, “polarizándonos”, si no la reducimos a nuestra interpretación, a nuestra medida, si cumple su naturaleza de ser “luna” –como decíamos esta mañana–, de ser por entero reflejo del “sol” que es Cristo.

«La “compañía” de la que hablamos no es, pues, una realidad construida o descubierta por nosotros; la ha querido, le ha dado consistencia y permanencia Otro. [...] El término preciso que revela la ontología, la naturaleza última de este cosmos humano, es “comunidad”: por ella somos miembros de Cristo y miembros los unos de los otros, por ella pertenecemos a un solo Cuerpo, el Cuerpo de Cristo. No existe Cristo en la historia sin nosotros, pero no existe un “nosotros”, no existe la comunión entre nosotros, sin Cristo»⁷⁶.

Por tanto la única esperanza es que “fallemos” en nuestro intento por reducir la Iglesia, porque nos quedaríamos solos con nuestra nada. ¿Qué nos impide reducir a la Iglesia a nuestra medida? «Dios se acerca a los hombres de todos los tiempos a través de la Iglesia. La familiaridad en la relación cotidiana de Dios con nosotros se manifiesta además, y de modo particularmente persuasivo, en acontecimientos y personas que nos remiten directamente a Él»⁷⁷. La Iglesia sigue siendo Iglesia si remite directamente a Él. ¿Cómo sucede esto? A través de personas y acontecimientos. Lo percibimos ayer, cuando vimos el vídeo de los Zerbini: ¿quién no se sintió interpelado?

Y esto toma la forma del milagro y de la santidad. «El *milagro* es el suceso de algo que nos “obliga” a pensar en Dios» y se impone de forma tan poderosa que no lo podemos reducir a nuestra medida. Los santos son «figuras visibles que tienen una estatura humana digna de

los deseos más auténticos del corazón del hombre. En ellos se realiza una humanidad excepcional, impensable [...]. Jesucristo no es una presencia aislada en la lejanía de la historia, de tal modo que pueda aparecer como fruto de la imaginación. Él fue una Presencia diez años después de Su muerte, lo siguió siendo mil años después de Su muerte, y lo es dos mil años después hasta llegar a hoy mismo, por medio de esa humanidad distinta de los santos, que constituyen una presencia humana impensable»⁷⁸.

Los santos, es decir, los testigos, son aquellos que entre nosotros nos impiden reducir a Cristo a nuestra medida: los vemos, los tocamos. ¿Quién no se sintió ayer reclamado de forma poderosa al escuchar a Cleuza? ¿Quién no Lo ha visto, no Lo ha percibido a través del testimonio de nuestra amiga Vicky de Uganda, o visitando la exposición de Cometa del verano pasado? ¡Se trata de hechos! O pensemos en nuestros amigos de Nápoles, que en situaciones verdaderamente complicadas siguen testimoniándonos quién es Cristo y cuál es su victoria, sin dejarse reducir. ¡Cristo es todo menos abstracto! Es algo tan real, que a través de Su presencia histórica en la Iglesia y en Sus testigos, se convierte en una realidad irreductible a cualquier intento nuestro, desafiando el corazón del hombre, su razón, su libertad y su afecto. ¡Todo menos abstracto!

¿En qué se ve que no es abstracto? ¿En qué se ve que es real? Se ve en nuestra resistencia. Uno no se resiste ante la nada, ante lo abstracto: se resiste ante algo real que le desafía continuamente. Todos nuestros intentos de reducir la compañía son intentos de evitar el drama que introduce la realidad de la Iglesia. Es una resistencia a la tensión que implica la fe, un desinterés último por nosotros mismos y por aquellos a los que decimos querer. En cambio, lo que nos salva es Su irreductibilidad, que nos empuja hacia Él. Si nuestro intento de reducirlo tuviese éxito, dejaría de interesarnos, y, una vez reducido a lo que yo quiero, se convertiría en algo irrelevante. Sin esta tensión el yo decae, porque Él es el que construye la comunidad, que –como hemos estudiado en la Escuela de comunidad⁷⁹– es *convocatio* antes que *congregatio*: hemos sido elegidos, “imantados”.

Esta es la lucha que entabló Cristo conmigo, con cada uno de nosotros el día de nuestro Bautismo, una lucha denodada, que lleva adelante a través de Su cuerpo que es la Iglesia. Y no conseguiremos reducirla –gracias a Dios, hay que decirlo–, porque Él está presente en medio de nosotros. Aquí es donde entra en juego nuestra libertad. Por eso todos los intentos de descargar nuestra responsabilidad sobre la

compañía son patéticos, constituyen nuestra mentira, nuestra falta de disponibilidad a la conversión a la que somos llamados. Es una tentación que siempre está al acecho, como nos recuerda Dostoievski: «Para el hombre no hay preocupación más constante y atormentada que la de encontrar, cuanto antes, ante quién inclinar [ante quién descargar] el don de la libertad»⁸⁰.

«Parece casi que el hombre se haya cansado –dice Berdjajev– de su propia libertad espiritual, y que esté preparado para renunciar a ella en nombre de una fuerza que organice su vida interior y exteriormente»⁸¹. De esta forma la vida se apaga.

Nuestra compañía no existe para ahorrarnos el drama de la libertad, sino para provocar continuamente nuestra responsabilidad. Por eso, si el movimiento fuera una asociación en la que descargar la responsabilidad, debería dejar de existir; podría seguir con el mismo nombre, pero sería otra cosa, porque nuestra responsabilidad «no se puede descargar sobre la compañía. El corazón es lo único en lo que estamos “solos”, es como si no hubiera socios. [...] La nuestra deberá ser una compañía “extraña”: es como una compañía sobre la que no se puede descargar nada». Pero que no nos deja solos. Si nos dejase solos, no nos interesaría; decaeríamos todos. «Nuestra compañía quiere impedir que el tiempo pase en balde, sin que nuestra existencia busque Su presencia, pida, quiera la relación con Dios y sin que nuestra existencia quiera o acepte esa compañía, sin la cual no sería verdadera ni siquiera la imagen de Su presencia»⁸².

Y de esta forma, en esta lucha dramática que ha comenzado el Misterio al entrar en la historia, y que lleva adelante para introducirnos a cada uno en la vida, Cristo nos alcanza a través de nuestra comunión para introducirnos en una relación con Él, para que el Misterio se vuelva familiar. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna [...] El que cree en el Hijo posee la vida eterna; el que no crea al Hijo no verá la vida sino que la ira de Dios pesa sobre él»⁸³. Todo el Nuevo Testamento, san Juan y san Pablo, están llenos de esa promesa: «El que cree tiene vida eterna»⁸⁴. «El que cree en mí no quedará en tinieblas, vive en la luz»⁸⁵. «El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed»⁸⁶. «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna»⁸⁷. «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe»⁸⁸.

¿Qué es la fe y cuál es su relación con la vida en la que nos introduce el Bautismo? Escuchemos de nuevo al Papa: «De la fe se espera la

“vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús, que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn* 10,10), nos explicó también qué significa “vida”: “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (*Jn* 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida»⁸⁹. Cristo ha venido para darnos la vida y eso coincide con introducirnos en la relación con Aquel que es la fuente de la vida. Por eso quien cree en Él tiene vida.

La fe es esta relación con Cristo que me introduce en el misterio de Dios por la energía del Espíritu. Para esto ha sido enviado, para esto ha entrado en la historia.

¿En qué consiste esta relación, qué es esta relación? Es la relación con un Tú, con Él, al igual que uno se relaciona con un tú. Os leo lo que don Giussani contó en 1990: «Hace un mes estuve en Madrid para ver por primera vez las nuevas casas del Grupo Adulto. En la casa de las mujeres me hicieron pasar por todas las habitaciones. En un momento dado abrí la puerta de una habitación. Sobre la mesa no había fotografía alguna, sino sólo un trozo de papel en el que estaba escrito “Tú”. Creo que éste será uno de los recuerdos más impresionantes de mi vida. Yo imagino a esa chica que entra en su habitación, en una de las variadísimas condiciones de ánimo que podemos tener, y ve la habitación dominada por ese trozo de papel... no por ese papel, sino por ese “Tú”. Me imagino a la persona que entra cotidianamente en esa habitación, y todo lo que se agita en su pensamiento, toda la presión de los estados de ánimo, todo el vacío del cansancio y todo el espacio que llenan los deseos y las imaginaciones está dominado y desafiado por este “Tú”». Desgraciadamente, para muchos este “Tú” sería abstracto, pero don Giussani sigue: «Esta es justamente la síntesis de nuestra vida. Debería ser la síntesis de la vida de todo ser racional, de todo ser consciente; pero es el resumen precisamente de la vida para aquel que está llamado a la virginidad. “Tú” lo eres todo, no hay nada más que decir. Ya me halagues o me regañes, ya me mires fijamente como lo hacías con tu interlocutor en el cuadro de Masaccio, ya me abracés como hiciste con san Juan en la última cena, o bien llores por mis errores, fragilidades, debilidades y tradiciones, ya me acompañes

en el fervor y en la frescura de los años que pasan rápidamente o en el paso lento de la madurez y de la vejez, “Tú” eres como una fuente inagotable de agua fresca». Aquí está el origen de esa fuente, de ese manantial que no se acaba nunca. La fuente inagotable de agua fresca, «límpida, es decir, cargada de propuesta de vida. Es la propuesta de una vida plena [verdadera] que brota de su origen, un origen capaz de generar energía en el presente, encauzado hacia la desembocadura del mar de la circunstancia última, la felicidad, lo eterno. “Para esto he venido: para que tengan la vida eterna; ésta es la vida eterna, que te conocen a Ti, único Dios verdadero, y aquél al que has enviado: Cristo”. Dentro de este “Tú” se insinúa el Tú último de todas las cosas, al que pertenece también Cristo: el Tú del Padre. Yo agradezco esta ocasión excepcional, que ha marcado mi memoria para siempre. Quisiera poder comunicarnos este recuerdo; se puede comunicar también a vosotros en la medida de la apertura de vuestro corazón, de vuestra vigilancia y vuestro amor al destino, que es Cristo»⁹⁰.

«Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti»⁹¹. Sin llegar a este Tú no hay satisfacción que se mantenga. Sólo Él corresponde. Nada que sea menos que este Tú nos basta, decía san Agustín: sin Él el comienzo se desvanece y todo se marchita. Y un yo que tiene miedo de dejarse definir por el Tú, antes o después se vuelve escéptico y empieza a concebir la compañía como refugio y apoyo para su propia inseguridad. Pero esto no es inevitable, porque, como decía santo Tomás, «la vida del hombre consiste en el afecto que principalmente lo sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»⁹².

La prueba de la fe –de la relación verdadera, no virtual, con Dios, no con alguien abstracto– es la satisfacción. Sólo si tenemos experiencia de la fe como satisfacción, la mayor satisfacción que uno pueda pensar, gracias a la esperanza que Él ha suscitado en nosotros, tendremos una experiencia tan poderosa que podrá sostener toda la vida. Porque la vida consiste en el afecto que principalmente la sostiene dentro de la realidad concreta. Lo que sustenta la vida es esa correspondencia única que experimentamos en la relación con Cristo.

Por eso cuando hablamos de satisfacción todos podemos experimentar la prueba última de la vida: si la fe –como dice la Carta a los Hebreos comentada por el Papa⁹³– nos da la sustancia de la vida, si la fe nos da algo tan real que puede hacernos partícipes de una plenitud de la vida. Tal experiencia constituye la prueba de la realidad de lo que no vemos, pero que existe. ¡Cualquier cosa menos abstracción! ¡Nadie podría soñar algo así, si Él no existiese!

2. Conocimiento y afecto nuevos

Segundo paso: el conocimiento y el afecto nuevos. De esta vida nacen un conocimiento y un afecto nuevos, una experiencia nueva de la vida. «El que vive con Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, lo nuevo ha comenzado»⁹⁴.

¿Y qué quiere decir esta criatura nueva? ¿Dónde está la novedad? No se puede hablar de Cristo sin ton ni son, ni repetir un discurso aprendido: se trata de una novedad que se experimenta en la vida. Aquí se ve lo que la fe introduce en la vida. Convertirse en una criatura nueva significa tener una conciencia nueva, una capacidad de mirada y de inteligencia de la realidad que los demás no consiguen tener –no pueden ni siquiera soñarla– y un afecto nuevo, una capacidad de adhesión y de entrega real al otro, que es inimaginable. La criatura nueva identifica una inteligencia y un corazón distintos en el comer y en el beber, en el velar y en el dormir, en el vivir y en el morir. No hace falta hacer cosas particulares. «La fe es la modalidad subversiva y sorprendente de vivir las cosas habituales»⁹⁵. Como decía Pavese: «Las cosas que tú dices no albergan ese fastidio por las cosas cotidianas. [¡Elimina ese fastidio!] Tú das nombres a las cosas que las hacen distintas, inauditas, y sin embargo queridas y familiares como una voz que callaba desde hacía tiempo»⁹⁶.

¿Cómo se produce este nuevo conocimiento? Atención, no nace de una genialidad nuestra. «El conocimiento nuevo nace de la adhesión a un acontecimiento, del *affectus* a un acontecimiento al que nos apegamos, al que decimos sí. [Es necesario decir sí. La fe es un gesto libre: hace falta decir sí a este acontecimiento para que pueda comenzar a suceder esta novedad] Este acontecimiento es un hecho particular en la historia: tiene pretensión de universalidad, pero es un punto particular dentro de ella. Pensar partiendo de un acontecimiento significa ante todo aceptar que no soy yo quien define dicho acontecimiento, sino que más bien estoy definido por él. Dentro de su ámbito es donde aflora lo que realmente soy y la concepción del mundo que tengo»⁹⁷.

Por eso hace falta juzgarlo todo a la luz de este acontecimiento. «Esto contradice a la mentalidad común, la cual, para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro del universal abstracto. La mentalidad nueva, en cambio, no nace mediante un proceso de deducción analítica a partir de ciertos principios o criterios que se aplican después, sino de un acontecimiento, de algo que ha sucedido y que sucede: esa mentalidad no nace de mí, sino de aquello con lo que me

encuentro; no es una aplicación mía, es obedecer a lo que me he encontrado». Todos lo comprendemos si pensamos, por ejemplo, en el enamoramiento: es un hecho que cambia todo. Es un hecho, no hace falta ser muy inteligentes, basta con que suceda. La fuente de esta novedad está precisamente en ese acontecimiento que convierte todo en nuevo. No es una aplicación, es casi una sorpresa: «El conocimiento nuevo implica, por tanto, que nos mantengamos contemporáneos al acontecimiento que lo produce y continuamente lo sostiene. Ya que ese origen no es una idea», que puedo aprender y olvidar. Implica la contemporaneidad con el lugar, con la realidad viva; justamente porque el «origen no es una idea, sino un lugar, una realidad viviente [como la persona amada], el criterio nuevo para juzgar solamente resulta posible manteniéndose en relación continua con esa realidad, es decir, con la compañía humana que prolonga en el tiempo el Acontecimiento inicial: esa compañía propone el punto de vista cristiano auténtico. El Acontecimiento [cristiano] permanece en la historia, y con él permanece presente el origen del criterio nuevo». La tentación, siempre al acecho, consiste en reducir el conocimiento nuevo a discurso, incluso correcto, un discurso del que me apropio, como si en un momento dado pudiese prescindir de esta contemporaneidad con el acontecimiento; como si me bastase una hermosa teoría sobre el amor y pudiese prescindir de la presencia de la persona amada. ¡Daos cuenta de que la diferencia es terrible! No existe comparación posible. ¡Lo “ven” hasta los ciegos! «Quienes privilegian sus análisis o sus deducciones adoptan al final los esquemas del mundo, que mañana serán distintos de los de hoy». Por eso nos urge permanecer en la posición del origen. «Permanecer en la posición del origen en el que el Acontecimiento hace surgir el conocimiento nuevo es la única posibilidad de relacionarse con la realidad sin prejuicios».

Don Giussani nos da la razón profunda, que es como un golpe bajo a nuestra presunción. ¿Por qué necesitamos la contemporaneidad con el acontecimiento que hace surgir este modo nuevo de mirar todo? Porque «un criterio permanentemente abierto y sin prejuicios es efectivamente imposible para las solas fuerzas del hombre, pero, al mismo tiempo, es lo único que respeta y exalta la dinámica de la razón»⁹⁸.

Es lo que nos recordaba el Papa en el discurso que había preparado para *La Sapienza*: «Si la razón se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña»⁹⁹.

Pero para llegar a experimentarlo es necesario un trabajo. «Para que la mentalidad sea verdaderamente nueva es necesario que, partiendo de la conciencia de su “pertenecer”, esté continuamente comprometiéndose a confrontarse con los acontecimientos actuales. Puesto que nace de un lugar presente, debe juzgar el presente; en caso contrario no existe: si no entra en la experiencia actual, presente, el conocimiento nuevo no existe, es una abstracción. En este sentido no dar juicios sobre los acontecimientos es mortificar negativamente la fe»¹⁰⁰, porque es como no dejar entrar en cualquier aspecto de la realidad la novedad de vida, experiencia y afecto que nos ha atraído.

Donde realmente se percibe la verdad, la potencia de la fe es en el hecho de afrontar la circunstancia. La fe crece así, arriesgándola en la realidad y desafiando todo teniendo a Cristo en la mirada. Por eso, más que aprender a repetir un discurso, se trata de aprender una mirada, dice don Giussani. «La forma en que nace el criterio para juzgar puede indicarse sistemáticamente con la palabra *mirada*». ¿Cómo se aprende esa mirada? «Se trata de permanecer frente al acontecimiento que hemos conocido»: es la precedencia que se da al acontecimiento, a lo que sucede, a lo que Él hace. «Se trata de permanecer frente al acontecimiento que hemos conocido sin trincar en un momento determinado la lealtad de la mirada por la preocupación de afirmar lo que nos viene en gana o nos “interesa”. Lo que permite que nazca en nosotros el criterio nuevo de juicio y no sufrir la invasión de los criterios del “mundo” es mantener la lealtad de nuestra mirada al acontecimiento»¹⁰¹.

Esto es posible, está al alcance de nuestra mano: basta con dejar entrar Su presencia. Como cuenta este amigo: «Te escribo para darte las gracias por la paternidad que tienes con nosotros, conmigo. Nunca en mi vida me había visto viviendo con la alegría y con la intensidad de este último año, desde que he encontrado unos rostros precisos, un ámbito de hombres, de testigos que han hecho que todo se vuelva nuevo para mí. Tal vez no haya estado nunca así, ni siquiera hace 20 años, cuando conocí el movimiento [siempre se puede nacer de nuevo, aunque uno sea viejo]. Cada cosa me parece nueva, todo se convierte en circunstancia con la que confrontarme, en la que pedir reconocer Su presencia. Es impresionante: el trabajo, la mujer, los hijos, los amigos están adquiriendo cada día un gusto antes inimaginable [esto es lo que nos da la fe: ¿os interesa?]. La sed de Él se vuelve cada vez más urgente a medida que pasan los días. No sé describir muy bien en qué consiste todo esto, pero estoy seguro de una cosa: no es un autoconvencimiento, no es una emoción bonita. Y de eso estoy seguro porque estoy contento y las cosas tienen un espesor distinto, cambian: es

la experiencia del ciento por uno. En toda mi historia en el movimiento nunca me había pasado encontrarme con ganas de ir a la Escuela de comunidad como me pasa ahora. Cada vez me sucede más a menudo tener en los oídos la provocación que nos lanzas cuando nos preguntas: ¿qué experiencia tenéis de esto? ¿Qué tiene que ver la Escuela de comunidad con tu día? ¿Qué quiere decir esto otro? Es sorprendente ver que lo que estamos leyendo puede convertirse en una experiencia concreta y, a la vez, darme cuenta de cuántas veces vuelvo a caer en una propaganda o en aplicar un manual de instrucciones. Hay muchas cosas que no comprendo y a veces me parecen lejanas, pero me impresiona reconocermelo cambiado en lo cotidiano, porque descubro cada vez más lo que ya desde el principio verdaderamente quería [al vivir uno se sorprende de lo que verdaderamente quería antes]. Me veo a veces como Pedro ante Jesús: Pedro tuvo que dar pasos y cambió, aunque su temperamento fuera siempre el mismo. Yo también he tenido que dar pasos, y lo he hecho, he cambiado. Me acuerdo del título de los Ejercicios del año pasado: “*Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!*”. Esta frase se ha convertido para mí en algo real, y esto era inimaginable hasta el verano pasado, era como mucho un autoconvencimiento. Ha sucedido un hecho excepcional, ¡y ahora me está pasando todo lo que te he contado!».

Sólo una novedad así puede vencer ese dualismo que expulsa a Cristo fuera de la historia, minimizando –como nos decía don Giussani en el inserto de *Huellas*– «el alcance histórico del hecho cristiano»¹⁰², reduciéndolo a moralismo, a algo incapaz de un rostro culturalmente significativo.

3. Testimonio, tarea de la vida

Una última reflexión. El testimonio es la tarea de la vida. En una intervención sobre la fe, don Giussani nos decía que hemos sido elegidos para creer¹⁰³. Se nos ha dado la gracia de creer. Nuestra tarea es testimoniar lo que se nos ha dado, porque es la mayor caridad que podemos tener con nuestros amigos y con los que nos encontramos en el camino de la vida.

Mañana volveré de nuevo sobre esto, porque ante el hecho que vimos ayer por la noche, todos nos hemos visto provocados a la misión. Pero la misión no puede ser otra cosa que una conciencia más aguda de lo que Cristo significa para la vida, porque sólo en la medida en que vivamos esta novedad, sentiremos la urgencia de la misión. Si no, como decía don Giussani, «tratamos de huir del problema, que es nuestra fe» pensando en la misión. Pero «¿de qué serviría que todo el mundo se hiciera de Comunión y Liberación, si yo me pierdo a mí mismo!»¹⁰⁴.

Domingo 27 de Abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven: Concierto para violín y orquesta en re mayor op. 61

David Oistrakh, violín

André Chuytens. Orquesta Nacional de la Radiodifusión Francesa

“Spirto Gentil” n° 6, EMI

Don Pino: «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción».

Angelus

■ ASAMBLEA

Giancarlo Cesana: Una vez realizada la tradicional selección de las preguntas, hemos elegido las más representativas, es decir, las que señalan las mayores dificultades, prescindiendo de otros criterios.

La primera es ésta: «Nosotros con frecuencia nos quedamos en el signo. ¿Sucede esto porque el signo es débil o porque nos resistimos? ¿Cuál es el trabajo que nos toca hacer para ser leales con la realidad?». Y se completa con la siguiente pregunta, de la comunidad de Bergamo: «Todos deseamos sinceramente amar a Jesús, amarle precisamente a Él, pero a menudo nos contentamos con el signo de Su presencia, con la belleza del signo. ¿Qué quiere decir ir más allá? Además, don Giussani decía que “signo y Misterio coinciden”». Por último, «¿Cómo llegar hasta el final en el recorrido del conocimiento?».

Julián Carrón: ¿Por qué nos quedamos en el signo? ¿Porque el signo es débil? No. El signo es signo y desafía a nuestra libertad, hasta tal punto que don Giussani explica que la libertad se juega en la interpretación del signo.¹⁰⁵ Por su naturaleza el signo desafía a nuestra libertad, precisamente porque remite a otra cosa, hace presente algo que en ese momento no toco y no veo. Por eso debo decidir si quiero reconocer ese algo o si me quedo con el signo. Pero esto no se debe a la debilidad del signo, sino a su naturaleza misma. Volvamos al ejemplo de las flores: una de vosotros recibe un ramo de flores. ¿Qué sucede?

Fijaos en lo que don Giussani llama «la estructura de vuestra reacción ante las cosas», para descubrir qué os sucede. Enseguida os daréis cuenta de que, por mínimo que sea el signo, éste remite a otra cosa.

Un día, en la Universidad Católica, una estudiante trajo a clase a una amiga que venía por primera vez, pues no estaba inscrita en el curso. Yo tenía que hablar del signo, y durante una hora traté de explicar el capítulo de *El sentido religioso* sobre el signo, poniendo el ejemplo de las flores.¹⁰⁶ Esta chica estuvo todo el tiempo poniendo objeciones. Llegó el descanso entre clase y clase y uno de los chicos cortó una flor del jardín del patio y se la puso allí, en su banco. Cuando ella volvió se encontró con la flor delante. Al principio no hizo caso, porque pensaba: «Ha sido mi amiga», y por lo tanto se quedó tranquila. Pero cuando terminó la clase le dijo a su amiga: «Has sido tú la que me has traído la flor, ¿verdad?». Ella respondió: «No». «¿Cómo que no? Entonces, ¿quién me la ha traído?». Se pasó toda la tarde preguntándose: «¿Quién me ha traído la flor?». Durante una hora había planteado mil objeciones: uno puede resistirse ante una lógica, ante una explicación, pero ante la realidad, ante el signo, el yo sale al descubierto. ¿Por qué le agujoneaba la pregunta: «¿Quién me ha traído la flor?»? Porque la flor provocaba su curiosidad, le abrasaba por dentro. En este caso concreto, ¿en qué sentido podemos decir que signo y Misterio coinciden? Porque esta chica no debía tirar la flor: con solo mirarla, la flor le remitía a aquel que se la había regalado. Cuanto más pienso en la flor, tanto más me hace pensar en otro.

Cuando vuestro novio os mandó por primera vez un ramo de flores, cada vez que lo veáis, os acordabais de él. ¿No era ocasión de memoria? No lo tirasteis: las flores le hacían presente, pero ninguna de vosotras se quedaba sólo en las flores; cuanto más mirabais las flores, más emergía de ellas el rostro de la persona amada: estaba allí, en las flores. Pero, ¿por qué pensabais en el otro? ¿Porque estaba allí un signo que os remitía a él!

Como solía decir don Giussani, la realidad es la primera manifestación del Ser. En este sentido Misterio y signo coinciden. Pero vayamos más al fondo. Cuando digo «yo» puedo decirlo distraído, como puedo mirar las flores distraído. Por eso no es superfluo que don Giussani, cuando lo explica, insista en un detalle decisivo para no reducir el uso de la razón (porque nuestra tentación es reducir): mientras nosotros decimos «Yo soy», don Giussani afirma que yo no digo verdaderamente «Yo soy» sino cuando lo digo con la conciencia de que «Yo soy hecho».¹⁰⁷ Y la diferencia es abismal. Si lo digo, y me

acostumbro a decirlo cada vez más, con esta conciencia, puedo adentrarme en cualquier circunstancia con una certeza y con una posibilidad de alegría. Es como el niño que toma conciencia de la pertenencia a sus padres: de la mano de su madre puede entrar sin miedo en una habitación oscura, es decir, en cualquier circunstancia. La conciencia de pertenecer es la consistencia de la persona. No porque yo deba prescindir de mí mismo, no porque deba despreciar el signo que soy yo, no porque deba tirar las flores, sino porque digo «flores» o digo «yo» plenamente consciente. De lo contrario usaría la razón como una medida y no como una apertura a todo lo que existe.

Don Giussani trata de explicarlo con diversos ejemplos en el capítulo décimo de *El sentido religioso* –pero no me hacéis caso cuando os digo que lo leáis–: como el borboteo del agua, si se diera cuenta, debería reconocer que en ese momento está brotando del manantial; como la voz resuena porque vibran las cuerdas vocales, yo en este instante soy porque Otro me hace ahora. Y cuanto más tomo conciencia de ello, tanto más me doy cuenta de este Tú que me está haciendo ahora. Es mortal la reducción con la que miramos la realidad o miramos a nuestro yo, una reducción que nos impide captar la vibración última del Ser en cada cosa.

Debemos ayudarnos en esta tarea, amigos míos. ¿Por qué es una tarea? Porque vivimos en una cultura que nos induce a usar la razón de una forma reducida. Y la usamos de tal manera que cuando decimos «yo», cuando describimos la realidad o hablamos de las cosas, generalmente en nuestra descripción no está el Misterio. Todo está encerrado, carece de aliento, de punto de fuga, decía don Giussani, y por eso sentimos todas las circunstancias como sofocantes. Además, ¿sabéis una cosa? No es verdad que la realidad sea así. La realidad siempre tiene dentro un punto de fuga que nos hace respirar. Y es verdaderamente triste que la vivamos como algo sofocante, porque ésta es una falacia, producto de la mentira de nuestra cultura, de nuestra sociedad, una mentira que nos invade a todos. No me interesa esta cuestión por una preocupación moral, sino por la asfixia en la que tantas veces vivimos y que se debe a una mentira. Es como cuando uno cree tener cáncer y no lo tiene, o como el que vive con la conciencia de ser huérfano y tiene padre. ¿Comprendéis? ¡Es falso! Uno puede llevarse mejor o peor con su padre pero es falso, ante todo, es falso decir que no lo tiene. Por eso la fe es una forma de conocimiento; no es una opinión, sino un conocimiento: no existe realidad sin este Tú que la hace. Yo compruebo que la fe es un método de conocimiento por cómo miro las

cosas, vivo lo real, vivo mis circunstancias; en esto se ve si para nosotros la fe es un conocimiento y no un a priori. La fe conoce una realidad más real que yo mismo, porque sin Él yo no estaría aquí ahora.

Cesana: Por lo tanto, que nueve leprosos de diez no volvieran no es sólo un problema de mala educación...

Carrón: Exacto.

Cesana: La cuestión no es que no dieran las gracias a quien les curó...

Carrón: Exacto. Una vez más se trata de un problema de conocimiento: no entendieron el alcance de lo que les había pasado. Uno puede pensar lo que quiera, faltaría más, pero al menos ayudémonos a aclarar el problema. Si uno no tiene cáncer, no lo tiene; si uno no es huérfano y su padre vive, tiene un padre. Después decide cómo quieres llevarte con tu padre. Si quieres vivir como huérfano o como hijo, eso lo decides tú. Y yo, como sabéis, no estoy aquí para ahorraros este trabajo. Contra lo que quiero luchar es contra la mentira de que seamos huérfanos cuando tenemos un padre. En esto no estaré nunca de vuestra parte. ¡Lo tenemos! Pero no porque lo diga yo que soy el que manda –me importa un bledo el cargo–, sino porque existe, y, aunque yo defendiera lo contrario, no podría arrancarlo de la realidad.

Cesana: «Don Giussani decía que la realidad nunca le ha traicionado». Pregunta: ¿por qué fiarse, si es contradictoria?

Carrón: Don Giussani no decía estas cosas cuando iba a dar un paseo fumándose un toscano, sino cuando estaba gravemente enfermo. ¿Por qué podía decirlo? Porque incluso en esos momentos, ¿qué testimoniaba la realidad? Lo que don Camilo le decía a Pepón. ¿Qué decía la realidad? Que Él está presente, que el Misterio obra, y que, por lo tanto, aunque la realidad sea contradictoria, existe. Yo puedo estar enfermo, puedo estar deprimido (añadid todo lo que queráis), pero estoy; estoy hasta tal punto que estando derrotado o deprimido, percibo igualmente que estoy. ¡Figuraos si lo percibo que me tengo que soportar! Pero nadie puede impedirme decir: «Existo», y por tanto Otro me está haciendo ahora, y ninguna contrariedad puede impedirlo. Por eso la realidad nunca traiciona, nunca me impide reconocer al Misterio.

Cuando nos paramos en la contradicción es porque, como de costumbre, separamos a Cristo de la realidad; pensamos en la realidad por una parte y en Cristo por otra. Sin embargo, san Pablo –nos lo recordaba siempre don Giussani– dice algo distinto: «La realidad es Cristo».¹⁰⁸ Porque si miro la realidad –cualquier realidad– sin tener a Cristo en los ojos, no la miro bien, estoy reduciéndola, vaciándola; sería como mirar la realidad borrando de ella la resurrección de Cristo. Tenemos que poner al día los mapas, como tras el descubrimiento de América.

Cesana: ¿Por lo tanto la realidad nos traiciona cuando no la miramos como signo?

Carrón: Exactamente. Cuando no la miramos con verdad, según la totalidad de sus factores. ¿Y quién actúa así? Quien no usa la razón según su verdadera naturaleza. No hace falta una genialidad particular, sino una educación que enseñe a usar la razón según su naturaleza propia, que es la capacidad de tomar conciencia de la realidad según todos sus factores. Si alguna vez nos decidiésemos a educarnos en esto, empezariamos sin duda a respirar.

Cesana: «¿Cómo podemos decir Tú a Cristo a través de la compañía cuando esa compañía parece ausente y nos escandaliza?». «¿Qué quiere decir que “corazón” y “testigo” van unidos cuando el testigo dice algo que va contra lo que dice el corazón?».

Carrón: ¿Cómo podemos decir Tú a Cristo a través de la compañía cuando esa misma compañía parece ausente y nos escandaliza? Y tú, ¿cómo puedes decir: «yo soy Tú que me haces» siendo un pecador? Porque tú puedes ser un pecador empedernido, pero no puedes negar que Otro te hace ahora; y ante la pregunta: «¿Tú me amas?», puedes responder como Pedro: «No sé cómo, verdaderamente no lo sé, porque me embarga todo el remordimiento de mi vida pasada, pero no puedo evitar decir que toda mi simpatía humana es para Ti, Cristo».¹⁰⁹

Si comenzáramos a mirarnos así, sin duda no habría tanto problema con las objeciones a la compañía. Y menos mal que existe una compañía así, porque si no, no habría sitio para mí que soy un pecador, ¿está claro? Yo estoy contentísimo...

Cesana: ...De que sea una compañía de pecadores...

Carrón: ¡De que sea una compañía de pecadores! Y si no, buscaos otro sitio, si os dejan entrar, si “dais la talla” para entrar. Yo me alegro de pertenecer a esta Iglesia que está llena de zarrapastrosos, porque Jesús no vino para los justos, sino para los pecadores; y agradezco tener necesidad constante de su perdón, de su misericordia, de su ternura.

Todas estas objeciones nacen, una vez más, de una reducción. ¿Por qué me puedo mirar hasta el fondo sin esconder mi mal? Porque yo no estoy definido por mi mal; porque Él me sigue dando la vida después de haberme equivocado, y me sigue diciendo: «Tú eres mío, y lo que te define no es lo que consigues hacer, sino lo que yo he hecho contigo en el Bautismo: te he aferrado, ¡y todo tu mal no es nada ante mi poder, ante la energía con la que Yo te aferro!». Y esto vale igual para nuestra compañía. No quiero censurar nada de lo que de mal pueda haber entre nosotros pero, incluso si lo hay, no puedo dejar de decir que sea quien sea el que está aquí, el último en llegar o el pecador más empedernido de todos, ha sido llamado como yo, ha sido aferrado como yo; y si está aquí con todo el dolor de su mal, ha sido aferrado como yo y me da testimonio al responder “sí” incluso dentro de su mal.

Hace falta tener de vez en cuando el valor de mirar nuestro mal y el de los otros, para no quedarnos en el umbral de la relación con Cristo, como si debiéramos volver la cabeza para no mirar el mal. Esto no quiere decir que lo podamos utilizar como excusa para decir: «No cambia nada». No, el que siente el propio mal no dice: «Como soy frágil, entonces puedo hacer lo que me dé la gana». Quien advierte su propio mal no lo puede percibir sin dolor. Sentirse pecador no es lo mismo que ser cínico, no confundamos las cosas. Yo puedo estar lleno de dolor por mi mal y tener toda la tensión hacia Cristo; no me justifico, no me digo: «Bueno, como yo soy así...» como os oigo decir muchas veces. No estás obligado a ser «así», porque hay una tensión hacia el cambio que es la humildad de la petición. Son dos cosas distintas –todos lo entendemos muy bien–, porque a una persona que constantemente se da cuenta de su mal y vuelve a empezar, ¿quién no la abrazaría enseguida? Como hacéis con vuestros niños. Pero es otra cosa cuando el niño sigue obstinado también de adulto, y entonces no le pasáis ni una. Son cosas distintas. Por eso el problema no es que seamos pecadores; es que exista en nosotros la tensión a cambiar que se demuestra en la petición. La conciencia de la propia fragilidad no es en absoluto una justificación del propio mal.

Respecto a la segunda pregunta, no puede haber contradicción entre el testigo y el corazón; si el corazón se nos da para reconocer la

verdad, no puede haber contradicción: puedo utilizar mal el corazón como criterio de juicio, como muchas veces lo hacemos, o el testigo puede no serlo, pero nosotros sabemos que cuando existe esta correspondencia, corazón y testigo coinciden.

Quiero añadir algo: cuidado con reducir el testigo a la coherencia, porque todos hemos encontrado el movimiento a través de personas con límites, y eso no ha impedido que fueran testigos de Otro. El testigo no es el que es coherente, sino el aferrado, el atraído por Otro, porque testimonia que pertenece a Otro, que está definido por Otro, que está apegado a Otro, y por eso yo no puedo mirarle sin que me remita a ese Otro, incluso dentro de su posible mal. La única cuestión es que aquí no podemos hacer trampas. No puede haber contradicción, porque la verdad es única: no puede haber contradicción entre la medida de mi pie y mi zapato.

Cesana: Muchos te preguntan: «¿Qué significa decir “Tú”?».

Carrón: Volvamos a leer juntos la respuesta que daba don Giussani, porque en mi opinión lo describe con exactitud y dramaticidad: [«Yo me imagino a la persona que entra cada día en esa habitación [¿y cómo entra? Como entraríamos nosotros] y todo lo que rumia en su cabeza y toda la presión de su estado de ánimo y todo el vacío de su cansancio [con el que llega a casa; aquí no hay nada sentimental: es el drama de lo cotidiano] y toda la vorágine de los deseos y de la imaginación, son dominados y desafiados por este “Tú” [dominados y desafiados. No puedo reducir mi yo a mis pensamientos, a mi vacío, a mi cansancio, porque me encuentro ante este Tú]. [...] Sí, Señor, no hay más que decir; que Tú me alientes o me reprendas, que me mires como miras a tu interlocutor en el cuadro de Masaccio, que me abrasces como abrazaste a san Juan en la Última Cena, que lllore sobre mis errores, fragilidad, debilidades y traiciones, que me acompañes en el fervor y en el frescor de los años que pasan deprisa o en el paso pesado de la madurez y de la vejez» y que todo esté dominado y desafiado por este Tú. «Este “Tú” es como una fuente inagotable de agua fresca, limpia, es decir, de propuesta de vida»,]¹¹⁰ de una Presencia que domina la vida. Este Tú es un Tú real, Cristo vivo, resucitado, presente en medio de nosotros, aquel Cristo de quien san Pablo inundó todo el Imperio Romano, que lo llevó por todas partes, que lo anunció a todos, que ha llegado hasta nosotros: este Tú al que, si no volviera a oírle hablar, ya no podría vivir.

Esto es decir Tú, no en un énfasis poético, sino en medio del drama de la vida. Cada uno de vosotros sabe qué significaba este Tú cuando en vuestra vida apareció una presencia humana. No podemos hablar de esto sin volver a esa experiencia concreta en la que uno puede identificar la presencia real de un Tú, por la cual –incluso estando cansado o triste– ante un espectáculo de la naturaleza al igual que ante una dificultad, no puedo dejar de pensar en ella. ¿Os ocurre a veces en la vida? ¿Os ha ocurrido? Un Tú que es diferente de vuestro yo, un Tú real, un Tú sin el cual la vida sería monótona, e incluso las cosas bellas estarían vacías si no pudiéramos compartirlas con Él. Un Tú que es lo primero que os viene a la mente –no el objeto de una meditación trascendental– cuando os sucede algo bello. Pensar en este Tú y compartirlo todo con este Tú, significa que este Tú es el que domina en nosotros. Pero Cristo, ¿es para nosotros este Tú o es una idea? Utilizando la imagen de Leopardi, ¿es acaso un retrato esculpido en la lápida de un sepulcro? Este Tú domina la vida entera. Pues ésta es precisamente la síntesis de nuestra existencia: que Cristo es este Tú que se nos hace familiar. Es Él quien hace que la vida sea diferente. La vida es diferente no porque las circunstancias sean éstas o aquellas, sino porque están dominadas por este Tú. Muchas personas pueden tener de todo y, sin embargo, ya no se soportan, porque el problema no son las circunstancias que nos tocan: las circunstancias pueden ser buenas, puedo tenerlo todo y, sin embargo, no soportarme, porque no digo Tú al Misterio que me hace. Estamos hechos para el Infinito, para la relación única y personal con este Tú.

Cesana: Decir Tú, ¿es también hacer memoria de cuanto ha sucedido y nos constituye?

Carrón: Sin duda. Si uno acaba de enamorarse, a la mañana siguiente estará invadido por el recuerdo de lo que le ha sucedido. El presente está totalmente cargado de lo que acaba de ocurrir. Por eso, una cosa es el día antes de enamorarse y otra el día después: los dos días pueden ser aparentemente iguales en lo cotidiano, pero ¿qué los hace diferentes? Que uno está cargado de una memoria que en el otro estaba ausente, porque todavía no había sucedido.

Por eso don Giussani habla de “memoria” de Cristo. Es como si mi yo estuviera totalmente invadido por la memoria de este Tú, que no es un simple recuerdo, porque mi yo está totalmente colmado, poseído, dominado por una presencia.

Cesana: Aquí tenemos un ejemplo de silogismo negativo: «En la asamblea de hoy has dicho: la prueba de la fe es la satisfacción. Pero entonces, ¿cada vez que no estamos satisfechos se debe a que vacila nuestra fe?».

Carrón: A la hora de hablar de satisfacción surge siempre una dificultad porque...

Cesana: ...Se confunde siempre la consecuencia con la causa.

Carrón: Sí. Un amigo me contaba que otro, charlando sobre este tema, le decía: «Yo hago todo lo que decimos, pero no estoy satisfecho».

Recientemente ponía un ejemplo en un retiro de los novicios de los *Memores Domini*. Imagínate que tienes hambre. Si uno tiene hambre, ¿se preocupa porque tiene hambre? ¿Acaso empieza a elucubrar: «¿Será que tengo hambre porque la comida de ayer no me gustó? ¿O porque no me la tomé entera? ¿Es que no era suficientemente buena? ¡Pero si era una comida divina! Entonces, ¿por qué tengo hambre?»? ¿Quién se preocupa porque tiene hambre? Nadie. Uno empieza a preocuparse cuando no tiene hambre, ¿sí o no? ¿Y eso por qué? ¿Porque ha decidido preocuparse? No. Porque el hambre forma parte de nuestro yo, y tener hambre es una cosa buena, no es algo negativo. Lo malo es precisamente no tener hambre. ¿Estáis de acuerdo?

Cesana: Sí. Cuando no tienes hambre estás enfermo.

Carrón: Exacto; cuando no tienes hambre estás enfermo; pero lo que nosotros querríamos, nuestra ilusión, es no tener hambre, o sea, estar enfermos; porque el día que no tienes hambre no logras comer, no te gusta comer. Pues bien, nosotros pensamos que estar satisfechos significa no tener hambre, cuando en cambio estar satisfechos significa, —como decía don Giussani utilizando el símil de la sed— «satisfacer continuamente una sed continua».¹¹¹

Yo estoy satisfecho por el encuentro con una persona, y lo estoy hasta tal punto que quiero volver a verla; y cuando como algo que me gusta, estoy tan contento de haberlo comido que me gustaría volver a comerlo. Después de haber probado una comida excelente, ¿os gustaría no volver a comerla?

Ésta de la que hablamos es una satisfacción que te despierta cada vez más el apetito, precisamente porque te satisface, porque las

demás cosas no te satisfacen y dejan de interesarte. Comes dos platos, uno te satisface y el otro no; los dos te quitan el hambre de momento; pero, ¿qué es lo que deseas? ¿Volver a comer el que te satisface o el que no? Deseas tener hambre para volver a comer el que te satisface, ¿no? Entonces, siempre que experimento la satisfacción en mi relación con Cristo —y ésta es la prueba del nueve: Cristo es tan real que me satisface—, yo deseo cada vez más una relación familiar con Él. Y cuanto más hambre tengo tanto más deseo. ¿Por qué? ¿Porque dudo del bien que es Su presencia? No. Porque estoy seguro del bien que es Su presencia y, por ello, deseo cada vez más vivir esta relación que me constituye, que hace que mi vida sea distinta.

Cesana: «¿Cómo llega a convertirse en un juicio esta mirada sobre la realidad? ¿Cuáles son sus características?».

Carrón: Todos nos relacionamos con nosotros mismos y con la realidad a partir de un juicio. Al fin y al cabo, nuestra manera de vivir parte de un juicio. Fijaos en cómo cada uno vive consigo mismo: en el fondo, hay un juicio.

¿Qué es lo que introduce la fe? Un juicio nuevo. El juicio sobre ti no es tu coherencia o lo que logras hacer, sino una relación; la relación con Otro a quien dejas entrar continuamente en tu existencia. Fijaos cuando os levantáis por la mañana, cuando estáis cansados por la tarde, cuando hacéis algo mal: en el fondo os juzgáis, existe siempre un reproche. Como le pasaba a Pedro hasta que Jesús le retó diciéndole: «Pero, ¿tú me amas?». Y entonces cambia el juicio; y al cambiar el juicio cambia la percepción de sí mismo, el modo de mirarse a sí mismo y de relacionarse con todo. Este cambio despierta una mirada sobre la realidad que es radicalmente diferente.

¿Cómo aprender a juzgar así? Viviendo esta relación. Necesitamos constantemente esta mirada. Lo que me asombra es cómo podéis vivir sin volver a leer a don Giussani para encontrar esta mirada. Cuando vivía en Madrid yo no la encontraba en ningún otro lugar, más que en las palabras de don Giussani. Esa mirada fue la que me permitió tener una relación distinta conmigo mismo y con la realidad concreta. Y como yo seguía equivocándome y seguía estando triste, necesitaba volver a aquella mirada, necesitaba advertir de nuevo esa contemporaneidad que había introducido en mí una manera distinta de mirarme, y por eso volvía una y otra vez a esta relación. Y, ¿cómo volvía? ¿Qué hacía yo que vosotros podéis hacer? ¿Dónde la encontraba? No podía

llamar a don Gius por teléfono, no podía ir a comer con él, y por eso le buscaba donde podía: en los libros que me llegaban, en las pocas cosas que estaban publicadas en español. Vosotros tenéis muchas más que yo, ¡moveos para buscar esta mirada! Pero, ¿sentís vosotros la urgencia de volver a encontrarla constantemente? Decidme si hay otro lugar, otra experiencia, si podéis leer otras palabras que os introduzcan en esta mirada nueva como lo hacen un par de líneas de don Giussani. Pero, si no lo necesitáis, no sé qué más os puedo decir yo. Mañana por la mañana, cuando volvamos a nuestras circunstancias cotidianas —cuando tu marido esté de morros o a tu hijo le pase no sé qué—, tendremos necesidad de dejar entrar de nuevo esta mirada. ¿Dónde encontrarla? ¿Qué podemos hacer sin esa mirada? Sin ella hacemos lo primero que se nos ocurre, o sea, asumimos la mentalidad de todos, los esquemas que utilizan todos, reducimos la realidad a algo sofocante, imposible de soportar. Pero, ¡jojo!, no estáis obligados a pasar por esto, porque habéis recibido la misma gracia que yo. ¿Cuál es la única diferencia? Que yo la uso, la pongo en juego todo el rato, porque no hay otra cosa que me interese; y esto podéis hacerlo también vosotros. ¿O es que hace falta alguna genialidad especial? Esto es lo que le enfadaba a don Giussani: «Pero, ¿qué tengo yo que vosotros no tengáis? Yo tengo este “sí” y basta».

Cesana: «¿Este conocimiento nuevo surge de la pertenencia a un lugar donde el carisma está vivo? ¿Qué quiere decir vivir la contemporaneidad con el Acontecimiento?».

Carrón: La contemporaneidad con el Acontecimiento se da en todas las formas con las que el carisma me alcanza, que pueden ser diversas como bien sabemos: una carta en *Huellas*, un libro, un testimonio, una noticia, o sea, toda la amplísima variedad de formas por las que Cristo me alcanza con Su novedad. Sin esto, ¿de qué vivo? De la televisión: miro la realidad como todos. Si esto os basta después de haber encontrado a Cristo, ¿qué más puede hacer Cristo? Como una madre: seguir sonriendo, volver a tomar la iniciativa tratando de rescataros y de rescatarnos a cada uno. Es lo que tratamos de hacer entre amigos: nuestra compañía quiere ser como un luchador encarnizado, que lucha para hacer presente a Cristo, para mantener viva la memoria de Cristo presente entre nosotros, de tal forma que podamos experimentar Su contemporaneidad: esta mirada nueva que Él ha introducido en la historia. Éste es nuestro objetivo.

SANTA MISA

HOMILÍA DE MONSEÑOR MASSIMO CAMISASCA

Queridos amigos:

Estos han sido para mí unos ejercicios importantes, y espero que también lo hayan sido para cada uno de vosotros. Deseo volver pronto sobre estas palabras, apenas tenga en la mano el texto para profundizar, para descubrir lo que me queda por descubrir. Y la grandeza de estos Ejercicios está en el hecho, al menos así lo he visto yo, de que su protagonista es lo más concreto que exista: el Espíritu Santo. Él es inteligencia y afecto, es la inteligencia y el afecto de Jesús, y es el protagonista también de esta liturgia, como hemos escuchado en las lecturas. A lo largo del año, volviendo sobre esta huella de don Giusani que Carrón nos ha ofrecido, quiero descubrir cada vez más el método de Dios que es el Espíritu Santo y su obra en nuestra vida.

«No os dejo huérfanos» (*Jn* 14,18). De todas las expresiones de Jesús y de los apóstoles que la liturgia de la Iglesia nos ha presentado y proclamado esta mañana, «No os dejo huérfanos» es la que más me ha impresionado y porque más directamente se refiere a estos días, la que encierra toda mi experiencia, toda la aventura y el sentido de mi vida.

El huérfano no es simplemente quien ha perdido a su padre o su madre, sino aquel que lo ha perdido demasiado pronto, cuando todavía lo necesitaba para ser él mismo, para madurar, para adquirir su personalidad, para aprender a vivir, a gozar de las cosas, a juzgar los acontecimiento y a amar. Jesús dice: «No os dejo huérfanos. Sé que me necesitáis». Los discípulos estaban desorientados, como tantas veces lo estamos nosotros, por cuanto presentían confusamente, y Jesús les dice: «No os dejo solos. Lo que ha comenzado entre vosotros y yo no terminará, sino que crecerá con el tiempo, se profundizará, se hará luz que iluminará toda vuestra vida, fuerza que os sostendrá en cada prueba, amor que hará posible, e incluso fácil, cualquier sacrificio».

Estas mismas palabras de Jesús nos las dice también a nosotros, a cada uno, como las dice a cada uno de los suyos en cada época de la historia, en cada instante de la vida. Lo que ha comenzado no termina. No es una ilusión, no es fruto de nuestro esfuerzo ni de nuestra voluntad, no es una utopía que nos hace cerrar los ojos ante las dificultades. No. No terminará porque Él está vivo, porque es Él quien continuamente toma

la iniciativa de mil maneras para abrirme los ojos, para abrir mi corazón, para que el inicio se renueve de forma más profunda y verdadera.

¿Cómo podemos ser contemporáneos de Cristo? ¡Pero si es Él quien es contemporáneo tuyo, en cada instante de tu existencia! Basta que te abras a su iniciativa, a lo que Él hace, y su contemporaneidad toca tu vida y la renueva. «Me veréis, porque yo vivo y vosotros también viviréis» (Jn 14,19). Esto es real, y permitidme daros testimonio, porque muchos de vosotros me dais también testimonio. Basta leer las cartas de *Huellas*, basta leer con corazón abierto cientos de correos electrónicos y de relatos. Verdaderamente nuestra vida está sembrada de estrellas. El tiempo no corre en contra nuestra si buscamos, si pedimos al Espíritu este rostro singular, como nos recordaba ayer Carrón haciéndose eco de las palabras de don Gius, si nosotros pedimos al Espíritu que Cristo sea siempre objeto de nuestro pensamiento y afecto, de nuestro testimonio.

«El Padre os mandará un Consolador, que permanecerá siempre con vosotros» (Jn 14,16). Es Él quien permanece en nosotros, quien establece su morada cerca de nosotros. Porque mirad, Jesús no se limita a prometer, no se limita a iniciar (el inicio es la promesa), sino que realiza continuamente lo que promete. Es lo que he sentido en estos días, lo que he comprendido y vivido, no sólo gracias a las palabras escuchadas sino también por lo que he visto en vosotros. El mismo Jesús lo dice: «Vosotros lo veréis».

¿Qué es el Bautismo sino la realización de esta promesa? ¿Qué es la Eucaristía, el bautismo cotidiano del cristiano adulto, sino la expresión del afecto ilimitado de Jesús que toma continua iniciativa por cada uno de nosotros y, a través de nosotros, por todos los hombres? Y, ¿qué es el movimiento sino el espacio nuevo que Cristo crea continuamente para nosotros, para darnos su vida, la vida que no termina? ¡Cuántas llamadas estos días, cuántas personas y sucesos que nos remiten a Él, cuántos milagros de santidad que nos obligan a pensar en Dios, que nos impiden reducir a Cristo a nuestra medida! Y, finalmente, ¿quién es don Giussani? ¿Quién es sino alguien en quien la iniciativa de Dios se manifestó con todo su poder para hacerle Suyo? Jesús no nos ha dejado huérfanos: nos concedió a don Giussani.

Pero para concluir esta homilía de forma realista y no romántica, quisiera deciros que Jesús no sólo dice «No os dejo huérfanos», sino que también don Giussani nos dice: «No os he dejado huérfanos», precisamente porque no nos ligó a su persona: nos invitó siempre a seguir a Cristo y nos vinculó a un lugar, a un espacio humano, un espacio de libertad y de gracia que continúa en el tiempo, que da nuevos frutos y establece nuevas relaciones y acrecienta nuestra familiaridad con Dios. Amén.

AVISOS

Julían Carrón: En primer lugar quiero hacer una llamada a la misión.

El año pasado insistí en la caritativa; esta vez, por el llamamiento extraordinario que supone lo que ha sucedido en Brasil y tras haber profundizado en estos Ejercicios el tema de la fe, es decir, del conocimiento a través de un testigo, quiero repetir que nuestra tarea es vivir y testimoniar a Cristo. Y esto es la misión. La gracia que se nos ha dado es para todos, según el método –como siempre nos ha recordado don Giussani– utilizado por el Misterio. Dios elige a algunos para poder llegar a todos a través de ellos. Hemos sido escogidos por Dios para poder hacerle presente ante todos los que encontramos.

Por eso don Giussani decía que la fuerza misionera es inherente a la fe, nace del interior de la propia fe. El impulso que nos lanza a testimoniar hasta los confines del mundo –decía en *El camino a la verdad es una experiencia*, que recoge los primeros apuntes del movimiento– viene mucho más de dentro, de lo que vivimos, que de una necesidad o de una llamada exterior: es el deseo de compartir con los demás lo que nos ha sucedido.¹¹² Por eso la pasión misionera es la prueba definitiva de la fe, porque cuanto más cuenta se da uno de qué gracia le ha tocado, tanto más siente la necesidad, la urgencia de comunicarla a los demás. «Nos apremia el amor de Cristo», decía san Pablo, y llenó todo el espacio que recorrió en sus viajes –de Jerusalén a Croacia– de su testimonio.¹¹³ En san Pablo vemos esta vibración, esta urgencia que nace de dentro de lo que ha sucedido.

Por eso, si no vivimos esta dimensión misionera el problema no es tanto lo que pierden los otros, sino lo que perdemos nosotros. Decía don Giussani: si no vivimos esta dimensión misionera, corremos el riesgo de perdernos ante todo nosotros, los cristianos. Me ha impresionado cómo muchos universitarios, haciendo campaña para las elecciones, lo han entendido: querían volver a hacerlo porque les servía a ellos, porque les hacía verdaderamente conscientes de la gracia recibida. Cuanto más cuenta nos damos de esto, tanto más descubrimos que el mayor gesto de caridad que puede hacerse, aquello que necesitamos por encima de todo, es encontrar lo que en cualquier circunstancia te permite respirar, como nos hace respirar a nosotros.

No podemos dejar de repetir estas cosas, precisamente porque la misión coincide con la posibilidad de que se realice nuestra personalidad. Y ante todo se realiza este impulso misionero viviendo la misión donde estamos, en el lugar donde el Señor nos ha puesto: es la prueba de la vivacidad de nuestra comunidad. Tanto los textos de los inicios del movimiento como el hecho de que algunos de los primeros chicos de *GS* fueran de misión a Brasil, muestran cómo esta pasión estaba viva al comienzo. Creo que debemos pedir al Señor que nos la conceda, porque no veo que en mí ni en vosotros vibre con la misma potencia de entonces. Quizás por eso el Señor ha puesto ante nuestros ojos lo de Brasil, para reclamarnos no con un discurso, sino a través de un hecho. Y esto quería decíroslo y decírmelo a mí mismo.

Don Giussani hablaba de estas cosas al comienzo, de tal manera que lo impregnaban todo, que afectaban a la vida entera. Tanto es así que les decía que debían educarse en no sentir nada como exclusivamente propio, sino como destinado al mundo entero. Por eso invitaba a los chicos a no recibir dinero sin que una parte, pequeña o grande, según las circunstancias y la generosidad de cada uno, fuera entregada como testimonio concreto de una preocupación por el mundo y su felicidad, que se resume en la difusión en él del Reino de Dios. ¡Qué pasión hasta en lo más concreto!

Por eso añadía: «El punto culminante de la iniciativa misionera lo constituyen quienes deciden dedicarse sin medir su tiempo al servicio de la Iglesia en el mundo. En *GS* consideramos a estas personas como la avanzadilla de toda la comunidad, que se expresa en ellos. Su función educativa para *GS* es insustituible».¹¹⁴

Creo que no hay más que decir.

Esto me permite enlazar con la cuestión de la pobreza.

La pobreza –siempre nos lo ha recordado don Giussani– es una dimensión sustancial de nuestra experiencia humana y cristiana, del modo en que nos relacionamos con la realidad. Con esto tiene que ver todo lo que hemos dicho en estos días acerca de la fe. Si la fe es verdaderamente una satisfacción, podemos prescindir de muchas cosas inútiles.

La pobreza nace de la sobreabundancia que es Él, de la plenitud que Él otorga, que nos hace libres en el uso de las cosas para poderlas usar todas en función del Destino. Como cuando uno está tan contento que puede decirle a Dios: «¿Qué quieres de mí?». ¿Quién se plantea esta pregunta? Quien sabe por experiencia que Cristo puede llenar el corazón sin punto de comparación y por ello uno está dispuesto a entregar

su vida. Si esto sucede con la vida en su máxima expresión, la vocación, imaginaos con los bienes, con el dinero.

El Fondo común que entregamos (y en general cómo gastamos el dinero) es un ejemplo de cómo nos relacionamos con las cosas a partir de este juicio, de esta experiencia de plenitud. No tenemos necesidad de limosnas, sino de verificar que Cristo nos llena y es tan decisivo para la vida que nos hace libres. Es la verificación de la fe hasta en el bolsillo, y así se demuestra que Cristo es real, para nada virtual. Por eso Cristo nos urge a la misión, nos urge a usar todo para dilatar Su Reino.

Es impresionante ver cómo el Fondo común que recogemos nace sólo del compromiso (a veces pequeñísimo, pero fiel) de miles de personas. Y esto implica una educación, conlleva un trabajo sobre uno mismo, tal como me contáis en vuestras cartas.

«En el pasado, como ya sabéis, nunca he entregado una cantidad regularmente, en parte por la dificultad de la forma de pago y en parte porque me justificaba, pensando en el tiempo que dedico a las iniciativas del movimiento. Pero esto ya no me satisface. Pensando en el valor que don Giussani atribuía a la fidelidad al gesto, quiero asumir este compromiso precisamente porque creo que será para mí bien, será un signo concreto de mi pertenencia a la Iglesia a través del carisma, y de mi dependencia del encuentro con CL».

Otro escribe: «Estoy especialmente agradecido al reclamo de los pasados Ejercicios. Me habéis liberado del orgullo me impedía una adhesión humilde y fiel». Y otra: «Por no contribuir al Fondo común tengo la sensación de haberme descuidado, lo mismo que experimento cuando no hago la Escuela de comunidad. Era como si una parte de mí se sustrajera a lo que más quiero en el mundo: nuestra compañía, signo sensible de la presencia de Cristo».

Puesto que a nadie se le pide una cantidad determinada, es conmovedor ver la sencillez con la que este amigo escribe: «Queridos amigos, sólo unas líneas para explicar la cifra indicada como cuota mensual al fondo común 2008. Sé bien que estos tres euros son poco y puede parecer ridículo, pero no lo es en absoluto si os los envío fielmente [nos viene a la mente la viuda del Evangelio, que había depositado un óbolo y Jesús dice: “Esta ha dado más que los demás, porque ella da de lo que necesita”]. Con este gesto quiero afirmar mi pertenencia, sobre todo ahora que he perdido el trabajo y no sé cuándo cambiarán las cosas». Cartas como éstas recibimos muchísimas.

Algunos dan testimonio de que cuando les sucede algo bueno o les va bien en su empresa, lo primero que les viene a la mente es la pertenencia al cuerpo de Cristo, que es nuestra historia. Por eso hemos visto que las donaciones extraordinarias se han duplicado este año. Por ejemplo: «He recibido la pensión de invalidez y quiero enviar algo al movimiento para las misiones». «He celebrado los veinticinco años de matrimonio y quiero hacerlos partícipes».

Obedeciendo el mismo criterio de pobreza, queremos utilizar todo lo recaudado únicamente para dilatar nuestra historia. La Fraternidad quiere dedicar todo el dinero del Fondo común para incrementar lo que Dios hace surgir entre nosotros. No queremos acumular nada. En efecto, además de los gastos ordinarios del funcionamiento de la vida de la Fraternidad, el Fondo común se utiliza para el sostenimiento de personas, obras, actividades del movimiento, misiones y ayuda a los sacerdotes, teniendo presentes los criterios con los que don Giussani nos ha enseñado a utilizar el dinero. No se puede atender indistintamente a cualquier deseo o necesidad; tratamos de discernir con inteligencia qué necesidad debe ser tomada en consideración. Por ejemplo, no ayudamos a comprar una casa, pero, si a una familia la han desahuciado, la ayudamos. Nosotros socorremos a las personas, no a las empresas; pero si hay una obra que abre un horizonte misionero a la Fraternidad, podemos ayudarla para hacer frente a sus necesidades económicas. Esto exige que todos estemos atentos a la realidad que se nos presenta, tratando de juzgarla. La prioridad que damos a la realidad, incluso a la hora de usar el dinero, es una forma de seguir lo que Otro hace: seguir lo que Otro hace, lo que Otro genera a través de vosotros, lo que os sugiere, lo que pone en marcha. Si uno tiene una idea que contribuye a nuestra presencia en el mundo, tenemos que reconocerlo y sostenerlo, señalándolo como un signo, como un ejemplo para todos.

Pensad cuánto más se podría hacer si el compromiso de todos fuera fiel hasta el detalle, como lo testimonia esta carta: «Hasta hoy nunca había pagado el Fondo común, aunque estoy inscrita desde hace cuatro años. No sé por qué. Cada vez que en los Ejercicios oigo el balance y cuántos no pagan, me digo: ¡Caramba! El movimiento es importante para mí: ¿por qué no pago? Pero esto se quedaba siempre en un reproche moral que no se concretaba en decisión, hasta que este año he empezado a seguir un grupo de *GS*. Haciendo la Escuela de comunidad con los chavales les hablo a menudo de lo que significa seguir la verdad, pedir a Dios que nos haga decir sí con

sencillez a lo que es verdadero, que nos libre de la mentira. Diciéndoles estas cosas me he dado cuenta de que yo soy la primera que, al no pagar el Fondo común, no soy seria con lo que la Fraternidad me pide. ¿Por qué esta resistencia? Bueno, Giussani dice que ningún hombre está libre de pecado. No quiero que sea una justificación, y me avergüenzo de no haber tomado en serio esta propuesta, pero comprendo que, o me interesa de verdad y me implico personal y totalmente, o Cristo seguirá siempre un poco lejano, relegado a lo que me resulta cómodo. Por fin he decidido contribuir al Fondo común. Esta decisión me alegra porque estoy segura de que, haciéndolo, comprenderé mejor y seré educada a una mayor seriedad frente a todo, incluso a los chavales».

MENSAJES RECIBIDOS

Con ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”, Sumo Pontífice dirige a los participantes pensamiento afectuoso y, mientras desea que el importante encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo, única esperanza, y fervoroso testimonio evangélico, invoca copiosa efusión dones celestes y envía a Usted, a los responsables Fraternidad y a todos los reunidos especial bendición apostólica.

*S.E.R. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad*

Queridos amigos:

La celebración de los Ejercicios espirituales es una ocasión providencial para estrechar de nuevo de forma explícita el afecto de comunión que nos liga.

La victoria de la fe brota de la humildad de nuestro ofrecimiento cotidiano. Como nos ha enseñado don Giussani, ésta consiste por una parte en reconocer que Jesús es la sustancia de todas las circunstancias y de todas las relaciones; y por otra en invocarLe, para que se manifieste como Presencia que da plenitud al todo.

Que la Virgen María sostenga a todos los miembros de la Fraternidad a la hora de vivir su vocación y su misión según esta finalidad.

Os saludo y os bendigo en el Señor,

*S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia*

Querido don Julián:

Me uno a todos vosotros en estos Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, y pido al Señor Resucitado que haga resplandecer la verdad y la belleza del Carisma ante cada uno de nosotros y ante todos aquellos que nos conozcan por todo el mundo.

Los grandes signos que estamos viviendo aquí en la Iglesia de Brasil, y sobre todo en el movimiento, nos empujan a un nuevo inicio cada vez más libre y personal.

Estoy unido a todos vosotros y pido a la Virgen Aparecida que acompañe a toda nuestra Fraternidad en este momento de gracia para un servicio cada vez mayor a la Iglesia y al Santo Padre.

Invocando la bendición del Señor os saludo cordialmente,

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis

TELEGRAMAS ENVIADOS

*Su Santidad
Benedicto XVI*

Santo Padre, Veintiséis mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en los Ejercicios espirituales anuales en Rímíni, junto a otras personas en conexión vía satélite desde 62 países del mundo, meditando sobre el tema «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe». Agradecidos por Vuestro mensaje, hemos experimentado una renovada fidelidad a Cristo, única esperanza, profundizando en la conciencia de que la fe es un método de conocimiento que florece por gracia en el culmen de la razón como reconocimiento de la presencia excepcional de Jesús, el «enviado» de Dios para conducirnos al Padre.

De Vuestro testimonio, Santidad, aprendemos cada día a repetir las palabras de Pedro: «¿A quién iremos? Sólo Tú tienes palabras que explican la vida». Si no podemos creer en Cristo, no podemos creer en nada, porque nada nos basta que sea menos de Cristo, y sólo Él cumple las exigencias de nuestra humanidad.

Pedimos a don Giussani que implore de la Virgen leticia y paz para vuestra persona, y para nosotros la sencillez de la fidelidad a Pedro y a la Iglesia, que hace a Cristo contemporáneo en el camino hacia la santidad.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado*

Eminencia Reverendísima, veintiséis mil miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado en los Ejercicios espirituales anuales en Rímíni, junto a otras personas en conexión vía satélite desde 62 países del mundo, meditando sobre el tema «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», agradecidos por las palabras enviadas en nombre de Benedicto XVI, concluyen

las jornadas de retiro con una renovada voluntad de ser fieles a Cristo y a su Vicario en la tierra, para ser testigos del hecho que vence al mundo y llevar así el anuncio de la esperanza que cumple nuestra humanidad.

Que María ilumine Su corazón para que pueda colaborar cada vez más con inteligencia en la difusión de la vida de la Iglesia en la historia.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco
Presidente CEI*

Eminencia Reverendísima, veintiséis mil participantes desde Italia en los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación en Rímìni, junto a otras personas en conexión vía satélite desde 62 países del mundo, meditando sobre el tema «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», más seguros del Misterio presente, confirman el compromiso de servir a la Iglesia en Italia como testigos de Cristo, roca sobre la cual construir el futuro.

Llenos de dolor por las recientes críticas a Su persona, signo de una sociedad indiferente cuando no hostil a la verdad, Le repetimos una vez más que Le queremos como a un padre que desafía las incomprendiones del mundo por amor a los hijos. Don Giussani y María protejan Sus días y Le obtengan el bien que desea.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. monseñor Josef Clemens
Secretario del Pontificio Consejo para los Laicos*

Excelencia Reverendísima, una vez más la presencia de las palabras del cardenal Ry³ko han hecho presente la bendición de la Iglesia universal sobre los veintiséis mil participantes desde Italia en los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación en Rímìni, junto a otras personas en conexión vía satélite desde 62 países del mundo. Meditando sobre el tema «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», como fieles laicos crecidos en la escuela de ese testigo creíble que ha sido don Giussani, seguimos

a Benedicto XVI que nos llama a testimoniar la fe en Cristo, que responde a las exigencias del corazón de cada hombre.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardinal Angelo Scola

Patriarca de Venecia

Querida Eminencia, en estos días hemos experimentado la verdad de la invitación que nos ha dirigido: Cristo es la consistencia de todo, y pedirlo en toda circunstancia es lo más razonable para cada uno de nosotros. Más seguros de que «Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», que el Enviado del Padre nos ha dado como pura gracia, y más agradecidos por el encuentro con don Giussani que nos ha abierto el camino para el reconocimiento de Cristo, pedimos a la Virgen que sostenga Su misión episcopal por la unidad de la Iglesia.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Filippo Santoro

Obispo de Petrópolis

Querida Excelencia, estos Ejercicios espirituales han comenzado y han estado dominados por lo que hemos visto suceder en la catedral de São Paulo, el acontecimiento más grande que el Señor ha hecho suceder nuestra vida este año para facilitarlos el reconocimiento de Su presencia entre nosotros.

La Virgen de Aparecida nos dé la sencillez de servir al Misterio que actúa en nuestra vida para este nuevo inicio que supera toda imaginación.

Sac. Julián Carrón

EL ARTE NOS ACOMPAÑA

A cargo de Sandro Chierici

(Imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban la audición de piezas de música clásica durante la entrada y la salida)

1. Vincent Van Gogh, *Noche estrellada*. Nueva York, Museum of Modern Art
2. *El huracán “El Niño”* visto desde satélite. Fotografía NASA Goddard Laboratory for Atmospheric Sciences
3. Caspar Friedrich, *El caminante ante el mar de niebla*. Hamburgo, Kunsthalle
4. Caspar Friedrich, *Rocas cretáceas en Rügen*. Winterthur, Colección Reinhart
5. René Magritte, *El seductor II*. Colección privada
6. René Magritte, *La condición humana*. Ginebra, Colección Spierei
7. René Magritte, *El reclamo de las cumbres*. Colección privada
8. René Magritte, *El atardecer*. Houston, Colección Menil
9. *El descanso del Creador el séptimo día*, mosaico. Monreal, Duomo
10. *Adán introducido en el Edén*, mosaico. Monreal, Duomo
11. *La alianza de Dios con Noé*, mosaico. Monreal, Duomo
12. *El sacrificio de Abrahán*, mosaico. Monreal, Duomo
13. *Isaac bendice a Jacob*, mosaico. Monreal, Duomo
14. *La lucha del Ángel con Jacob*, mosaico. Monreal, Duomo
15. *La huida a Egipto*, mosaico. Monreal, Duomo
16. *Predicación de Juan el Bautista*, mosaico. Florencia, Baptisterio di san Giovanni
17. *Jesús calma la tempestad*, mosaico. Venecia, Basílica de San Marcos
18. *La llamada de Zaqueo*, mosaico. Venecia, Basílica de San Marcos
19. *El óbolo de la viuda*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
20. *Curación de los ciegos de Jericó*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
21. *Curación de un endemoniado*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo

22. *Curación de la hemorroisa*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
23. *La samaritana*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
24. *Curación de un paralítico en Cafarnaun*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
25. *Curación de un paralítico en Betsaida*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
26. *La multiplicación de los panes y los peces*, mosaico. Rávena, San Apolinar nuevo
27. *Jesús en el monte de los olivos*, mosaico. Venecia, Basílica di San Marcos
28. Eugène Burnand, *Pedro y Juan corriendo hacia el sepulcro*. París, Musée d'Orsay
29. Francesco Bassano, *El buen samaritano*. Viena, Kunsthistorisches Museum
30. Constantijn Daniel Renesse, *Parábola del buen Samaritano*. París, Louvre
31. Jean-François Millet, *El buen samaritano*. Cardiff, National Gallery of Wales
32. Vincent Van Gogh, *El buen samaritano*. Otterlo, Rijksmuseum Kröller-Müller
33. Silvestro Lega, *Pueblo con campesinos*, detalle. Colección privada
34. Ardengo Soffici, *Campesinos*. Poggio in Caiano, Colección del ayuntamiento
35. August Macke, *Muchacha cosiendo*. Dortmund, Galería Utermann
36. Umberto Boccioni, *Campesinos trabajando*. Roma, Galería Nacional de Arte Moderno
37. Camille Pissarro, *La recolección de las patatas*. Londres, Colección privada
38. Camille Pissarro, *La Causette*. Colección privada
39. Paul Cézanne, *Louveciennes*. Colección privada
40. Camille Pissarro, *Rue Rémy, Auvers-sur-Oise*. Colección privada
41. Camille Pissarro, *Paso a nivel en Pontoise*. Colección privada
42. Camille Pissarro, *La costa del Ermitage en Pontoise*. Nueva York, Solomon R. Guggenheim Museum
43. Camille Pissarro, *El jardín de Maubuisson, Pontoise*. Praga, Narodny Galerie

44. Vincent Van Gogh, *Campos de tulipanes*. Washington, National Gallery of Art
45. Arthur Lismer, *Pueblo minero*. Colección privada
46. Camille Pissarro, *Mujer tendiendo la ropa*. Paris, Musée d'Orsay
47. Silvestro Lega, *Educación en el trabajo*. Colección privada
48. Cristiano Banti, *Mujeres de la Valdelsa trenzando paja*. Colección privada
49. Vincent Van Gogh, *Llanura de la Crau cerca de Arlés*. Amsterdam, Van Gogh Museum
50. Vincent Van Gogh, *Campo al amanecer*. Colección privada
51. Vincent Van Gogh, *Sembrador al ocaso*. Zurich, Colección Bührle
52. Vincent Van Gogh, *Terraza en la Place du Forum en Arlés al atardecer*. Otterlo, Rijksmuseum Kröller-Müller
53. Vincent Van Gogh, *La iglesia di Auvers*. Paris, Musée d'Orsay

Notas

- ¹ Cfr. J. Carrón, «Amigos, es decir testigos», Asamblea Internacional de los Responsables de Comunión y Liberación. La Thuile, 25-29 agosto 2007, Cuaderno de *Huellas*, septiembre 2007.
- ² *1Jn* 5, 4.
- ³ *Lc* 18, 8.
- ⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Ed. Encuentro, Madrid 2007, pp. 27-61.
- ⁵ Benedicto XVI, «Discurso a los participantes en el IV Congreso nacional de la Iglesia italiana», Verona 19 de octubre de 2006.
- ⁶ Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, (Exhortación Apostólica Postsinodal sobre “La Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”, 22 de febrero de 2007), 77.
- ⁷ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 35.
- ⁸ Cfr. L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Ed. Encuentro, Madrid 2007, p. 39.
- ⁹ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Ed. Encuentro, Madrid 2003, pp. 104-105.
- ¹⁰ *Ibidem*, p. 105.
- ¹¹ *Ibidem*, pp. 106-107.
- ¹² Cfr. J. Guitton, *Arte nuova di pensare*, Edizioni Paoline, Roma 1981, p. 71.
- ¹³ G. Guareschi, *Don Camillo della bassa. Gente così. Lo spumarino pallido*, Superbur, Milán 1997, pp. 37-38.
- ¹⁴ C. Chieffo, «I cieli», en *Cancionero* de Comunión y Liberación, Madrid 2007. p. 332.
- ¹⁵ L. Giussani, «Está, porque actúa», suplemento a *30Días*, n. 81, 1994, p. 70.
- ¹⁶ *Ibidem*, pp. 70-72.
- ¹⁷ Cfr. C. Chieffo, «Monologo di Giuda», en *Cancionero*, op. cit., p. 345.
- ¹⁸ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.
- ¹⁹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 44.
- ²⁰ Cfr. H. U. von Balthasar, *La percepción de la forma*, en *Gloria. Una estética teológica*, vol. 1, Encuentro, Madrid, 1985, p. 171.
- ²¹ *Lc* 5, 8.
- ²² *Mc* 2, 12.
- ²³ *Lc* 17, 11-19.
- ²⁴ L. Giussani, «Nota per la seconda edizione», en C. Martindale, Santi, Jaca Book, Milán 1992, p. 27.
- ²⁵ Hace referencia a una conversación de don Luigi Giussani en una «Jornada de meditación para matrimonios», Milán 23 de enero de 1977, *pro manuscripto*.
- ²⁶ G.K. Chesterton, *Ortodossia*, Morcelliana, Brescia 1926, p. 46.
- ²⁷ Cfr. San Teófilo de Antioquía, *Ad Autolyicum libri tres*, I, 3.
- ²⁸ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, BUR, Milán 2007, p. 10.
- ²⁹ San Agustín, *In Evangelium Ioannis*, Homilía 26, n. 4.
- ³⁰ San Agustín, *Confesiones*, Libro XIII, 8.9.
- ³¹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 48.
- ³² *Jn* 10, 19-21. 36-39.
- ³³ *Jn* 6, 22-26.27.53.67.68.
- ³⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 50.

- ³⁵ *Ibidem*, p. 49.
- ³⁶ L. Giussani, *Si può veramente(?) vivere così*, BUR, Milán 1996, p. 140.
- ³⁷ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 56.
- ³⁸ *Ibidem*, p. 57.
- ³⁹ *Jn* 8, 16.
- ⁴⁰ *Jn* 10, 30.
- ⁴¹ H.U. von Balthasar, *La percepción de la forma*, en *Gloria. Una estética teológica*, vol. 1, op. cit., p. 169.
- ⁴² «Es como el resonador de Quincke (que yo estudié en el bachillerato), que es un instrumento para resaltar la nota que domina en un acorde determinado: cuando un registro de sonidos pasa por delante del resonador de Quincke, si la nota dominante es un re, por ejemplo, el resonador amplifica ese re predominando sobre las demás notas» (L. Giussani, «Vivir la razón», en *Litterae Communionis-Huellas*, enero 2006, p. 3).
- ⁴³ Jacopone da Todi, «Lauda XC», en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.
- ⁴⁴ L. Giussani, *Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*, op. cit., p. 216.
- ⁴⁵ L. Giussani, *Si può veramente (?)...*, op. cit., p. 103.
- ⁴⁶ L. Giussani, *El hombre y su destino...*, op. cit., p. 123.
- ⁴⁷ *Jn* 12, 44.
- ⁴⁸ *Gaudium et Spes*, 21.
- ⁴⁹ P. Sequeri, *L'idea della fede. Trattato di teologia fondamentale*, Glossa, Milán 2002, p. 128.
- ⁵⁰ San Ambrosio, *Hexameron*, VI, 8, 32.
- ⁵¹ P. Sequeri, *L'idea della fede. Trattato di teologia fondamentale*, op. cit., p. 137.
- ⁵² J. Ratzinger, «Enamorado de Cristo. En un encuentro, el camino», Homilía del cardenal J. Ratzinger, presente en el funeral de don Giussani en nombre del Santo Padre, Duomo de Milán, 24 febrero 2005, en *Litterae Communionis-Huellas*, marzo 2005, p. 20.
- ⁵³ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 199-200.
- ⁵⁴ H.U. von Balthasar, *La percepción de la forma*, en *Gloria. Una estética teológica*, op. cit., pp. 305-306.
- ⁵⁵ L. Giussani, *Si può veramente (?)...*, op. cit., p. 106.
- ⁵⁶ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 39.
- ⁵⁷ *1Co* 12, 3.
- ⁵⁸ L. Giussani, *El hombre y su destino...*, op. cit., p. 55.
- ⁵⁹ *Lc* 17, 6.
- ⁶⁰ Hace referencia a un encuentro de don Giussani con algunos *Memores Domini* celebrado en Gudo Gambaredo el 30 de noviembre de 1969, *pro manuscripto*.
- ⁶¹ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 10.
- ⁶² *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1236.
- ⁶³ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 66.
- ⁶⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1253-1254.
- ⁶⁵ *Ga* 3, 26-28.
- ⁶⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1253.
- ⁶⁷ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 60-61.
- ⁶⁸ Cfr. L. Giussani, *Il rischio educativo*, SEI, Turín, p. 63.
- ⁶⁹ *Jn* 3, 4.
- ⁷⁰ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166.
- ⁷¹ *Ibidem*, p. 169-171.

- ⁷² Hace referencia a un Equipe contenido en el volumen de L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008.
- ⁷³ L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., p. 63.
- ⁷⁴ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 172.
- ⁷⁵ L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit., p. 61.
- ⁷⁶ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 54.
- ⁷⁷ *Ibidem*, p. 61.
- ⁷⁸ *Ibidem*, pp. 61-62.
- ⁷⁹ Cfr. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 111-114.
- ⁸⁰ Cfr. F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid 2001, p. 409.
- ⁸¹ N. Berdjaev, *Pensieri controcorrente*, La Casa di Matrona, Milán 2007, p. 47.
- ⁸² L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», en *Litterae Communionis-Huellas*, febrero 2007, pp. 4-5.
- ⁸³ *Jn* 3, 16.36.
- ⁸⁴ *Jn* 6, 47.
- ⁸⁵ Cfr. *Jn* 12, 46.
- ⁸⁶ *Jn* 4, 14.
- ⁸⁷ *Jn* 6, 54.
- ⁸⁸ *1Jn* 5,4.
- ⁸⁹ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 27.
- ⁹⁰ Hace referencia a la intervención de don Giussani el 1 de diciembre de 1990 en Riva del Garda, durante el Retiro de Adviento de los *Memores Domini*, *pro manuscripto*.
- ⁹¹ *Jn* 17, 3.
- ⁹² Santo Tomás, *Summa Theologiae*, II, IIæ, q. 179, a. 1.
- ⁹³ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 7.
- ⁹⁴ *2Co* 5,17.
- ⁹⁵ L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, BUR, Milán 2006, p. 330.
- ⁹⁶ C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, Einaudi, Turín 1947, p. 164.
- ⁹⁷ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 74-75.
- ⁹⁸ *Ibidem*, p. 75.
- ⁹⁹ Benedicto XVI, «Alocución para el encuentro con la Universidad de los Estudios de Roma “La Sapienza”», 17 de enero de 2008.
- ¹⁰⁰ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas...*, op. cit., p. 75.
- ¹⁰¹ *Ibid.*
- ¹⁰² L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», en *Litterae Communionis-Huellas*, marzo 2008, p. 36.
- ¹⁰³ L. Giussani, «Fe ayer y hoy», en *Litterae Communionis-Huellas*, febrero 2008, p. 2.
- ¹⁰⁴ Hace referencia a la intervención de don Giussani el 2 de septiembre de 1992 en La Thuile, durante los Ejercicios espirituales de los sacerdotes, *pro manuscripto*.
- ¹⁰⁵ Cfr. L. Giussani, *El sentido religioso*, Ed. Encuentro. Madrid 1998, pp. 173-179.
- ¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 159-161.
- ¹⁰⁷ *Ibidem*, pp. 151-154.
- ¹⁰⁸ *Col* 2, 17.
- ¹⁰⁹ Cfr. *Jn* 21, 15-17.
- ¹¹⁰ Véase aquí nota 90.
- ¹¹¹ L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti, Genova 2002, p. 20.
- ¹¹² Cfr. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Ed. Encuentro, Madrid 1997, pp. 51-53.
- ¹¹³ *2Cor* 5, 14-20.
- ¹¹⁴ L. Giussani, *El camino...*, op. cit., p. 53.

TESTIMONIO DE CLEUZA Y MARCOS ZERBINI

Por su absoluta pertinencia al contenido de los Ejercicios de la Fraternidad, proponemos los apuntes del testimonio ofrecido la noche del sábado 10 de mayo, durante los Ejercicios espirituales de los trabajadores de Comunión y Liberación, que han tenido lugar en Rimini del 9 al 11 de mayo de 2008.

Marcos Zerbini. Para que podáis comprender el contexto de nuestra historia, quiero contaros algunos hechos.

Nuestro origen se remonta a las pastorales sociales de la Iglesia católica en Brasil. En 1986 la Iglesia, que todos los años con ocasión de la Cuaresma lleva a cabo una campaña en favor de la fraternidad, lanzó como lema «Tierra de Dios, tierra de los hermanos», planteándonos una pregunta: ¿hacéis algo para que la gente tenga tierra o simplemente rezáis para que el Señor responda a esta situación?

Esta provocación nos hizo invitar a gente de una parroquia de la periferia de São Paulo para discutir el problema de la vivienda. En 15 días habíamos reunido a doscientas personas, que en dos meses se habían convertido en dos mil. Lo único que sabíamos hacer era presionar sobre los gobiernos (el de la ciudad y el nacional) para que respondiesen a esta situación.

Pasados dos años, no había sucedido nada. Entonces nos organizamos con otros movimientos sociales de la ciudad de São Paulo y surgió una propuesta común: ocupar tierras en toda la ciudad. Hablamos con la gente del movimiento del cual éramos responsables, les explicamos los problemas que podrían derivarse de esa actuación y ellos decidieron no participar en la ocupación. Sin embargo el movimiento social cercano a nuestra región llevó a cabo cinco ocupaciones de tierra, y como éramos dirigentes de un movimiento social fuimos a apoyarles: eran en total ochocientas familias. El propietario de esas tierras fue a los jueces y pocos meses después la justicia mandó desalojar a las familias. La mitad de ellas no tenía adónde ir, y fueron acogidas en los salones parroquiales de las iglesias. Entonces les preguntamos: «¿Por qué habéis participado en una iniciativa

tan peligrosa?». Nos respondieron: «Hemos participado porque nuestro dirigente nos ha explicado que si hacíamos esta ocupación de tierra el propietario nos la vendería a un precio más bajo». Esto no sucedió, aquel dirigente desapareció, pero todo esto hizo que se nos ocurriera una idea que parecía como el huevo de Colón: empezamos a buscar gente que quisiera vender tierras. Así fue como conocimos a una mujer a la que le contamos nuestra historia; ella se conmovió, nos hizo un buen precio y dieciocho familias pudieron comprar un trozo de tierra; cada uno construyó enseguida en su trozo de tierra una cabaña y poco a poco comenzó a construirse la casa. Entonces pensamos: si esto ha funcionado con ese pequeño grupo que no tenía dónde vivir, ¿por qué no hacerlo con los que viven de alquiler y participan en nuestros grupos?

De esta forma empezamos a reproducir la misma experiencia. Compramos una, dos, tres... hoy son veintiséis las áreas, en donde viven 17.500 familias. Pero el problema no terminaba con la adquisición de la tierra: debían construirse una casa y entonces aparecía el problema del agua, del alcantarillado, de la electricidad... siempre surgía un nuevo problema, y de esta forma nuestro movimiento comenzó a crecer.

Cleuza Ramos. Gracias por la acogida que nos habéis dispensado. Estoy feliz de estar aquí con vosotros y de compartir con vosotros este momento de alegría.

La lucha que hemos llevado a cabo en el movimiento, a lo largo de los años, nos ha enseñado cómo organizarnos para adquirir casas. Los años han pasado y las cosas han marchado bien. En el año 2000 los barrios estaban preparados, había agua, luz, había escuelas, pero yo no era feliz, no conseguía ver a la gente feliz. Pensaba que el que no tenía una casa, cuando consiguiese tenerla, estaría feliz. Y sin embargo veíamos a las familias que levantaban muros cada vez más altos para no ver a sus propios vecinos, y esto cada vez me dejaba más triste. Se planteaba la cuestión de que quizá había llegado el momento de dejar de trabajar, de parar todo, de dejar aquel trabajo. Pero yo desde pequeña siempre había pedido, y pedía también entonces: «Señor, hazme comprender el camino».

En aquel momento pasó otra cosa: algunos amigos nos dijeron que querían un terreno que pertenecía a la escuela de la Universidad de Medicina, para construir allí una parroquia. Yo no quería ir, no tenía ninguna gana, pero Marcos insistía: «Venga, vamos», y al final fui.

Hablamos con el Rector, le explicamos el problema y él nos dijo: «Está bien, hagamos un contrato, yo os concedo el terreno», pero luego me insistió: «Pídemelo algo más, pídemelo otra cosa». Había algo que me dejaba un poco triste: vivíamos lejos del hospital. Entonces le dije: «Esta es una escuela de Medicina, habrá muchos médicos, ¿podría proporcionarnos usted un médico?». Y él contestó: «Sí, tengo muchos médicos». Destinó a un médico para que trabajase con nosotros, pero no vino, y entonces mandó a otro, Alexandro (que está aquí traduciendo), que llegó y nos dijo: «Quiero conocer vuestros barrios». Le enseñé todos nuestros barrios. En cada uno de ellos había un centro comunitario. Alexandro hablaba y yo le preguntaba: «¿Dónde quieres quedarte?». Y él decía: «Quiero quedarme en la escuela». De esta forma organizamos en nuestra escuela un espacio para él: «Esta es su sala, encontraremos también una cama para usted». No tenía estetoscopio, no tenía nada, y yo me preguntaba: «Pero, ¿será médico de verdad?». Iba a la escuela y le veía hablar con los profesores; entonces pensé: ¡no he encontrado una solución, he encontrado un problema más! Marcos me decía: «¿Ha empezado ya a trabajar tu extraño amigo?». Todos los días Alexandro hablaba con la gente, hablaba con la gente... Después de algún tiempo comprendí que en la escuela había un grave problema: muchas chicas se quedaban embarazadas durante la adolescencia, y él estaba haciendo un trabajo para concienciar a los profesores y educar a los jóvenes. Estábamos en 2001, y ese programa continúa todavía en nuestras escuelas.

Así fue como conocí el movimiento de Comunión y Liberación. En aquel momento yo no tenía mucho ánimo, y pensaba que la lucha tal vez no valiera la pena. Veía muchas cosas dentro de nuestro movimiento: muchos problemas resueltos, pero también muchos jóvenes que, terminada la escuela, debían ponerse a trabajar sin grandes perspectivas de futuro.

Marcos. Poco tiempo después fuimos invitados al primer encuentro de la Compañía de las Obras, que tendría lugar en la ciudad de Río de Janeiro; exactamente en aquellos mismos días un grupo de jóvenes de nuestros barrios vino a hablar con nosotros: «Tenemos un gran deseo de estudiar, de ir a la universidad». En Brasil la universidad pública tiene pocas plazas, y para entrar es necesario pasar un examen, que superan sólo los hijos de los ricos porque estudian en escuelas privadas muy buenas. En Brasil el pobre sólo puede asistir a una universidad privada, que es muy cara. Los chicos nos buscaban

por este motivo y nos dijeron: «El movimiento nos ha ayudado a tener casas. Tal vez pueda ayudarnos para estudiar en la universidad».

En el encuentro con la CdO en Río de Janeiro escuchamos dos experiencias que nos impresionaron mucho. En una de ellas Bolívar, un amigo de Chile, nos hablaba de una Universidad popular que el movimiento de CL había contribuido a construir en Perú, que era mucho más barata, porque el motivo no era sólo económico –ganar dinero–, y en la que muchos jóvenes de la periferia de Lima podían estudiar. Entonces pensamos: si hemos sido capaces de construir barrios enteros, ¿por qué no podríamos ser capaces de construir también una universidad?

Aquel encuentro de la CdO terminó el domingo, y el lunes ya nos estábamos informando sobre lo que había que hacer para construir una universidad. Descubrimos que era un proceso muy lento, que haría falta mucho tiempo, pero también descubrimos que en las universidades privadas de São Paulo por lo menos el 45% de las plazas no se ocupaba después de los exámenes de admisión. Entonces pensamos: cuando nos organizamos conseguimos comprar tierra a mejor precio; entonces tal vez, organizándonos, podremos también obtener becas para la universidad. Entonces buscamos una universidad y hablamos con el Rector, que nos dijo: «Si vosotros me traéis cincuenta estudiantes, yo os hago descuentos del 30 al 50%». Llamamos a todos nuestros jóvenes: en el primer examen de ingreso entraron mil ochocientos. Entonces pensamos: por ahora hemos resuelto el problema, en los demás ya pensaremos el próximo año, cuando haya que ayudar a otra generación. Era una ilusión, porque después de una semana mucha gente empezó a decirnos: «Mira, mi novia no pertenece a nuestra asociación, pero también ella quiere estudiar en la universidad»; «mi primo no es de la asociación, pero también él quiere estudiar en la universidad»; «mi amigo no es de la asociación, pero también él...». Entonces decidimos hacer el movimiento de los «sin universidad». Hoy tenemos cuarenta mil estudiantes en doce universidades con las que tenemos acuerdos.

Cleuza. En 2005 teníamos cinco mil universitarios. Me invitaron a La Thuile, al encuentro de los responsables del movimiento, en donde pregunté a Cesana: «¿Cómo se puede hacer Escuela de comunidad con cincuenta mil personas?», y él me dijo: «Encontrarás una respuesta». Al volver a Brasil nos preguntábamos: «¿Cómo podemos hacerlo?», porque la Escuela de comunidad normalmente se hace con un

grupo más pequeño. Lo que habíamos encontrado en La Thuile, que me hacía tan feliz, teníamos que contárselo a los demás. De esta forma se nos ocurrió la idea de preparar cada mes un manifiesto con algunos pasajes del texto de la Escuela de comunidad. Por ejemplo, en el del último mes, hay un resumen del primer capítulo de *¿Se puede vivir así?* sobre la fe, y en la última página, un juicio cultural sobre un hecho del que hoy se discute mucho en Brasil: la votación del parlamento sobre la investigación con las células madre.

Ahora tenemos cuarenta mil universitarios que están divididos en grupos de dos mil. Las reuniones duran dos horas, las hacemos rápidamente y debemos ser muy objetivos, porque mientras estamos con un grupo se forma fuera la cola para el encuentro siguiente. Al final damos los avisos sobre la asociación y sobre la universidad. Al comienzo presentamos el texto; después de la presentación y la lectura del texto, la gente se reúne por grupos de diez personas, discuten entre ellos el tema y después se abre una asamblea, en la que la gente sale espontáneamente para hablar. Y nosotros nos preguntamos a menudo: ¿entenderán algo? ¿Qué entenderán? Son cuarenta mil: ¿cómo hablar con cada uno de ellos para preguntarle si ha comprendido? Esto siempre me llenaba de tristeza.

En nuestra asociación todos tienen un carné, y tanto los “sin casa” como los “sin universidad” estaban obligados a venir a nuestros encuentros, a las asambleas: venían porque estaban obligados, venían sólo porque tenían miedo de perder el beneficio que recibían.

El año pasado nos invitaron de nuevo a la asamblea en La Thuile. Después de cinco minutos, Carrón nos dijo esto en su introducción: «Cristo nos ha amado tanto que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados». Entonces dije: «Marcos, podemos volvernos, porque ya nos han dicho todo lo que necesitábamos».

Marcos. Al volver a São Paulo pensamos: «Como decía don Giussani, debemos apostar por la libertad de la gente». Entonces dijimos a todos: «Ya no es obligatorio que vengáis a nuestras reuniones. Os garantizamos que el beneficio se mantendrá, no estáis obligados a venir a los encuentros. Queremos que participen sólo aquellos que verdaderamente quieran hacer un camino con nosotros». Esto lo hicimos cuando teníamos veinticinco mil jóvenes, además de los de las casas. De los veinticinco mil jóvenes decidieron irse ocho, pero después de una semana cinco de esos ocho volvieron y nos explicaron: «Queremos ser recibidos nuevamente entre vosotros, porque hemos

comprendido que solos no conseguiremos terminar la universidad». Porque, ¿cuál es la realidad de nuestros jóvenes? Ellos trabajan todo el día y por la noche van a la universidad. La gran mayoría duerme cuatro o cinco horas por la noche y gasta prácticamente todo el sueldo para pagarse la universidad, aunque haya descuentos. Sin una compañía no son capaces de llegar hasta el final.

Cleuza. Después de esto pensé que a partir de ahora el movimiento tenía otro rostro, tenía otro camino. La asociación ha aprendido a hacer grandes cosas, como una cooperativa. La salud pública en Brasil no funciona bien: hemos suscrito acuerdos con empresas privadas de salud, de servicios clínicos; acuerdos con escuelas de idiomas... ahora todas las escuelas vienen a la asociación porque quieren establecer acuerdos. Sin embargo, lo que ha cambiado a la gente no ha sido sólo ayudarles a tener casa o servicio médico. Lo que me ha ayudado a mí, en primer lugar, ha sido el encuentro con Comunión y Liberación. Nosotros les hemos propuesto este mismo encuentro y ellos han dicho que sí. Por eso hoy tiene sentido que la asociación asumiese como suyo el camino de Comunión y Liberación. La asociación nació para responder a la realidad y hoy la realidad, las personas, tienen la urgencia de encontrar a Cristo. Y nosotros hemos tenido el privilegio de encontrarnos con Él.

Yo estoy feliz de poder llevar estas cosas a nuestros jóvenes. En diciembre les hicimos la siguiente propuesta: «La asociación tiene sus servicios, eso son cosas nuestras, pero el destino del movimiento queremos confiárselo a Carrón. Vayamos a la plaza, quiero mostraros a aquél al que yo sigo». Entonces fijamos el día y la invitación se realizó de la siguiente manera: «Aquellos de entre vosotros que se sientan pertenecientes a esta historia, que vengan a la plaza con nosotros; aquellos que no se sientan pertenecientes a esta historia, que no vengán». Preparamos una fiesta preciosa, preparamos muchas cosas: cantantes, pancartas, un *mega show*, pero empezó a llover, y no paraba; fue un auténtico diluvio. Entonces pensé: «Se ha terminado, no sucederá nada». El evento tenía que empezar a las cinco de la tarde: había globos, cantantes, pero no dejaba de llover. La gente empezaba a llegar, llegaban de todas partes. La policía nos dijo: «Pero, ¿qué es esto? ¡Esto no es un pequeño encuentro de Iglesia! ¿Por qué llega toda esta gente? ¿Qué va a pasar aquí?». La plaza estaba abarrotada, todos estaban con sus paraguas, tuvimos que tapar el equipo de sonido para que no se mojara, no se oía nada. Marcos tuvo la idea de hablar con

el cardenal de São Paulo, que iba a participar en el evento, pero en aquel momento estaba hablando con Carrón. No sabíamos qué hacer, había una confusión generalizada. Me dije a mí misma: «Dios mío, ¿qué pasará ahora?». Marcos le pidió al cardenal si podíamos hacer el encuentro no en la plaza, sino dentro de la Iglesia, pero en la catedral sólo cabían ocho mil personas. Entonces entramos en la Iglesia, pero fuera había cincuenta mil personas, y la gente quería entrar a toda costa. Yo les decía: «Por favor, marchaos a casa, marchaos a casa». «No, yo pertenezco a esto y quiero participar también», pero no era posible. Pensé: «Jesús, ¡en Italia hay Comunión y Liberación, en Brasil hay Comunión y Confusión!».

Marcos. Mucha gente nos pregunta: «Está bien, pero vosotros ya estabais acostumbrados a hacer lo que hacéis: ¿qué ha cambiado en el encuentro con Comunión y Liberación?». Lo que ha cambiado es que hace cinco años no conseguíamos ya hacer nuestro trabajo; el número de problemas había aumentado, y nosotros nos concebíamos como responsables de la respuesta, teníamos la presunción de pensar que nosotros debíamos responder a los problemas. Lo primero que hemos aprendido en el encuentro con Comunión y Liberación es que a nosotros nos toca decir que sí, pero el resultado no nos pertenece: el resultado pertenece a Cristo. Cuando hemos comprendido esto es como si nos hubieran quitado doscientos kilos de la espalda. En estos últimos cinco años el movimiento se ha triplicado, pero ahora su peso es mucho más ligero.

Otra cosa que hemos comprendido con mucha claridad es que la nuestra era una experiencia de dolor, de tristeza, porque la gente tenía muchos problemas y nosotros no conseguíamos responder a ellos. Teníamos únicamente una intuición: que debíamos dar nuestra vida a esa obra, pero era una tarea triste, pesada. Cuando empezamos a comprender que no hacíamos las cosas sólo por las personas, sino por Cristo, hemos empezado a hacerlo con alegría, es como si toda la alegría y el gozo del mundo hubiese inundado nuestro corazón. La gente nos dice: «Habéis cambiado mucho: teníais una mirada triste y hoy estáis alegres». También ha cambiado la relación entre nosotros dos. Hace dieciocho años nos unimos, empezamos a vivir juntos no porque estuviéramos enamorados el uno del otro, sino porque estábamos seguros de que teníamos una misión, teníamos que hacer un trabajo. Y cuanto más difícil se volvía ese trabajo, más nos echábamos la culpa el uno al otro, hasta que en un momento dado nos dijimos: hemos

construido la asociación, ha llegado el momento de que cada uno de nosotros haga su vida. Pero el encuentro con CL nos ha ayudado a comprender otra cosa: nosotros no estábamos juntos sólo porque teníamos que construir algo, nosotros estamos juntos porque Cristo nos había regalado el uno al otro, y no para hacer una obra, sino para hacer juntos un camino, para que uno pudiese ayudar al otro a caminar. El amor que ahora sentimos el uno hacia el otro es algo que antes no existía. Hace dos años nos casamos por lo civil, no podíamos casarnos por la Iglesia porque yo tenía un matrimonio a mis espaldas; hace dos meses ha llegado la declaración de nulidad de mi matrimonio y en agosto, si Dios quiere, nos casaremos por la Iglesia. ¿Por qué es importante esto? Porque he aprendido con don Giussani que debemos ser un ejemplo, porque nosotros no enseñamos a los demás con la palabra, sino con el ejemplo. ¿Cómo puedo pedir a todos aquellos que nos siguen que sean serios en la vida, si yo mismo no soy serio con la mía? ¿Cómo puedo decirles que la mujer o el marido es algo definitivo en la vida, si en la mía no lo es? También esto es obra de Giussani y de cada uno de vosotros.

Cuando confiamos el movimiento a Carrón repetimos el mismo gesto que él mismo había hecho con don Giussani, porque son muchos los que nos siguen, pero deben saber que nosotros seguimos a una persona, a Otro. Como ha dicho Cleuza: «No tiene sentido que haya dos caminos». Si he encontrado algo que es bello y verdadero en mi vida, tengo que llevarlo a los que me siguen. Tal vez no seáis conscientes de ello, pero tenéis en vuestra mano un tesoro enorme: habéis nacido o crecido en un lugar en donde existía ya este carisma que don Gius nos ha regalado, y no estoy seguro de que lleguéis a comprender su importancia. Para nosotros ha supuesto el encuentro con algo que habíamos esperado toda la vida, y vosotros no os hacéis idea de lo importante que ha sido para nuestra vida. Yo me siento muy pequeño cuando Carrón habla de nuestra experiencia como si fuese una cosa grande y hermosa, porque no sé si él se da cuenta de que si no se hubiese producido este encuentro, nuestra historia probablemente ya no existiría. Si ponemos en una balanza quién debe qué a quién, nuestra deuda con vosotros es mucho mayor que la vuestra con nosotros.

Cleuza. Los jóvenes sienten una gran curiosidad, y me preguntan: «Cleuza, tú ves a Cristo en todo. ¿Cómo puedo hacer para ver yo también a Cristo en todo?». Normalmente no sé cómo responder. Yo no tengo estudios, estudié sólo hasta cuarto de primaria, no soy capaz, no

aprendí a leer ni a reflexionar sobre un texto: escucho una palabra, como la historia de los cabellos, y se la repito a todos. Aquel día en la plaza Carrón nos dijo algo que me impresionó: nos dijo que cuando Juan vio a Cristo por primera vez tendría dieciséis años; yo ya había escuchado esta historia, pero lo que me impresiona es que él dijo que Juan había visto a Cristo cuando tenía dieciséis años y había escrito el Evangelio cuando tenía cerca de ochenta, y se acordaba de la hora en la que había encontrado a Cristo. Entonces pensé: puede que haya comprendido qué decir a estos jóvenes cuando me preguntan: «¿Cómo se hace para ver a Cristo?» o «¿Cómo sé dónde está Cristo?». Debes hacer como Juan: todas las cosas de cuya fecha y hora te acuerdas es porque estaba Cristo. Pensad en ello y después venís a contarme. «Me acuerdo del día en que conocí la asociación». Entonces ahí está Cristo. «Yo recuerdo cuando nació mi hijo». Y así uno y otro nos ayudamos a recordar cuándo nos encontramos con Cristo. Si viviese 200 años, ¿cómo sería posible olvidar el momento en el que os conocí? Es imposible. Esto es Cristo. No tengo ninguna duda de que aquí está Cristo. Ninguna hoja cae del árbol si Dios no lo quiere. ¿Por qué estáis todos vosotros aquí? No hay una explicación: la única explicación es que está Cristo. Entonces, cuando vuelva a Brasil, cuando les cuente este encuentro, les diré: «Eran alrededor de las diez de la noche».

Marcos. Quisiera terminar dando gracias por la oportunidad de estar aquí y manifestando una preocupación: depende de cada uno de nosotros que dentro de cincuenta años otras personas encuentren la belleza que hemos encontrado nosotros.

Javier Prades, el responsable de CL en España, me dijo una cosa preciosa: ¿Cómo sabemos que una persona es santa? Cuando, después de su muerte, crece cada vez más la esperanza. Nosotros hemos conocido a un santo, que es Giussani: depende de cada uno de nosotros que esta memoria no se borre, porque debemos desear que nuestros nietos conozcan la belleza que nosotros hemos encontrado. Hemos recibido una herencia de gran valor, no dejéis que muera esta herencia, ayudad a las generaciones futuras a encontrar esta grandeza que hemos recibido como un regalo. Gracias.

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI	3
 <i>Viernes 25 de abril, noche</i>	
INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – HOMILÍA DE DON PINO	10
 <i>Sábado 26 de abril, mañana</i>	
PRIMERA MEDITACIÓN – <i>La fe, método de conocimiento</i>	12
SANTA MISA – HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL STANISŁAW RYŁKO	24
 <i>Sábado 26 de abril, tarde</i>	
SEGUNDA MEDITACIÓN – <i>La vida en la fe</i>	28
 <i>Domingo 27 de abril, mañana</i>	
ASAMBLEA	42
SANTA MISA – HOMILÍA DE MONSEÑOR MASSIMO CAMISASCA	53
AVISOS	55
MENSAJES RECIBIDOS	60
TELEGRAMAS ENVIADOS	62
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	65
NOTAS	68
 <i>Testimonio de Cleuza y Marcos Zerbini</i>	
	71

